

HQN™

*La decisión
de Blanca*

TERESA CAMESELLE



*La decisión
de Blanca*
TERESA CAMESELLE

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2015 Teresa Cameselle
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La decisión de Blanca, n.º 95 - noviembre 2015

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de pareja utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados. Imagen de maquina de escribir utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-687-7235-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Cogidas del brazo, Blanca e Inés caminaban siguiendo los pasos de sus familiares, de regreso a casa tras la merienda en la nueva cafetería de la calle Real. Hacían una hermosa pareja, una morena y la otra rubia; alta y esbelta la primera, se veía obligada a acortar sus andares atléticos y vigorosos, en beneficio de su amiga, más baja y delicada, de generosas curvas que provocaban suspiros y descaradas miradas a su paso.

—Me alegro mucho de ver a tu tía mejor —dijo Inés, señalando con el mentón a las mujeres que la adelantaban, acurrucándose más contra el costado de Blanca, cuando una brisa fría y salobre les llegó desde el puerto.

—Sí, estos días está más animada —Blanca levantó el rostro y respiró hondo, llenándose los pulmones de aquel aire vigorizante—. Papá ha aceptado tomarse la medicación.

No hacían falta mayores explicaciones. Inés era la única persona a la que nunca le ocultaba nada, ni los arrebatos enloquecidos de su padre cuando la vida se le hacía cuesta arriba, ni las amenazas constantes de su tía Angustias, harta de lidiar con el pobre loco de su hermano, con las escasas rentas y con la vida en una ciudad que la hacía sentirse muy humilde, ignorante y desubicada. Por suerte ella también había encontrado una buena compañía en la madre de su amiga, una dama tan dulce como la hija, tranquila y comprensiva, que sabía escuchar y no juzgar.

—Te has quedado muy callada.

Blanca salió de su ensimismamiento, ofreciendo una sonrisa torcida a su acompañante.

—¿Te ha parecido tan apuesto el hermanastro de Elisa Montalbo? —preguntó por hablar de algo. Aquella tarde, mientras merendaban, su antigua conocida se había presentado en la cafetería del brazo de un elegante caballero llamado Damián Lizandra, hijo del tercer esposo de su madre.

—No se puede decir que sea feo. —Inés abrió los ojos con gesto apreciativo.

—Bueno, a Marinita casi le caía la baba mientras lo miraba.

—Qué mala eres.

Rieron las dos a pesar del reproche. Ambas sabían que su amiga buscaba desesperadamente un buen partido para casarse, le horrorizaba cumplir veinte años sin estar al menos comprometida en firme.

—¿Y Mercedes? Parecía incómoda en su presencia.

—Sí, no creo que ella esté interesada. Dejemos, pues, que se lo quede Marinita.

Por un momento, la brisa se convirtió en un pequeño vendaval que a punto estuvo de deshacer sus peinados, enredándoles las largas faldas entre las piernas.

—Qué tiempo tan loco.

—Y qué frío hace —añadió Inés, estremeciéndose al tiempo que se pegaba al costado de Blanca.

La morena la miró con gesto cariñoso y acarició la mano que apoyaba sobre su brazo.

—Sí, mucho frío, aquí nunca llega la primavera.

Las dos sabían que Blanca no era nada friolera y que en realidad no tenían prisa por que

llegara el buen tiempo, porque entonces no tendrían excusa para pasear de aquel modo, pegadas la una a la otra, contándose las intimidades que no confesarían a ninguna otra persona. Pocas eran, sí, las personas de la confianza de la morena, a las que abriese su corazón y sus pensamientos más privados. Desde el fallecimiento de su madre años atrás, su vida se había convertido en un torbellino entre las manías de un lunático y el desapego de su tía, una solterona amargada que no ofrecía apoyo ni consuelo a su joven sobrina, desconcertada por la locura de su padre. Los días apacibles como aquel eran escasos en la vida de Blanca desde su más tierna infancia, por eso los valoraba tanto, y dejaba de lado su cara más amarga y mordaz para mostrarse tal cual era: amable, cariñosa, agradecida por el afecto recibido, pero solo ante Inés, su hermana del alma.

—Tengo la extraña impresión de que algo va a cambiar en nuestras vidas. Sabes que no soy supersticiosa, pero esto es lo que mi madre llamaba tener un palpito.

—¿Te late fuerte el corazón? Al final va a resultar que te han impresionado los ojos azules de Damián Lizandra.

Blanca negó con la cabeza, divertida.

—Tendremos sorpresas en los próximos meses, ya lo verás, y entonces no te burlarás de mis palabras.

Las dos mujeres mayores se habían detenido a esperarlas, despidiéndose ya por la hora avanzada de la tarde, tiritando también ante aquel viento fresco e inesperado.

—Si aciertas, tendrás que poner una de esas consultas para adivinar el futuro, con mesas de tres patas y luces que se encienden y apagan misteriosamente. Entonces te llamaremos «*Madame Blanca*», y tendrás que usar un turbante de seda.

A pesar de sus bromas, Inés besó con cariño a su amiga, antes de soltarla para enlazar el brazo de su madre. Se despidieron, encaminando sus pasos en direcciones contrarias. Mientras la rubia y su madre seguían por la zona de la Pescadería hacia las nuevas calles, más amplias y soleadas, Blanca y su tía regresaron por donde habían llegado, cruzando la calle Real hasta la de Tabernas, donde vivían.

En la casa no había novedad, aunque Blanca siempre entraba con el corazón en vilo preguntándose qué encontrarían.

Recostado en una butaca, su padre dormitaba, con la chaqueta manchada de ceniza de un cigarro que mantenía apagado entre sus dedos. Se acercó, dudando si despertarlo.

—Déjalo dormir —le ordenó la tía—. Mientras descansa él descansamos nosotras.

—Después se desvelará toda la noche.

La mujer mayor apretó la boca en un gesto obstinado que contenía una buena cantidad de desprecio y se alejó hacia su dormitorio sin añadir ni una palabra.

Blanca acarició la cara de su padre, palpando la piel cálida en la frente y la mejilla, dejando deslizar sus dedos entre la tupida y desordenada barba. Tenía buena temperatura, desde que tomaba regularmente la medicina no habían vuelto los ataques, ni las subidas repentinas de fiebre que le enrojecían el rostro y lo hacían sudar como si tuviera un fuego por dentro que lo consumiera. En esas ocasiones, cuando la locura se apoderaba de él y comenzaba a lanzar objetos, o a gritar horribles juramentos, ella trataba de convertirse en su madre, serena y paciente, tratando de calmarlo con buenas palabras y toda la paciencia del mundo.

Pero Blanca no era su madre. Y tenía marcas en su cuerpo para demostrarlo.

—Papá —le susurró, moviéndolo suavemente—. Papá, despierta, es hora de cenar.

—Déjame.

—Ya sabes que después no duermes por la noche.

—Estoy bien así.

—Papá...

—¡Que me dejes!

La costumbre la hizo moverse justo a tiempo de esquivar su mano. Trastabilló y cayó sentada sobre la alfombra, mirando al hombre que por fin despertaba con ojos desorbitados, manoteando a su alrededor como si quisiera librarse de ataduras invisibles.

—Papá, soy yo...

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? ¿Qué...?

Logró centrar la vista en ella y al momento dejó de moverse, volviendo a recostarse en la butaca.

—¿Estás bien?

Lo vio llevarse las manos a la cara y frotarse los ojos y las sienes.

—La pregunta es: ¿estás tú bien?

Sus ojos color de chocolate, idénticos a los de su hija, se posaron en ella, más calmados de lo que se esperaba.

—Estoy bien —Blanca se incorporó, arrodillándose al pie de su padre, poniéndole las manos sobre las piernas—. Perdona por haberte despertado.

Él extendió su mano grande, ahora despacio, como si supiera cuánto miedo le producía a su hija, y envolvió las dos pequeñas y delicadas que se apretaban sobre su pantalón.

—Has hecho bien. Después me cuesta dormir de noche.

Blanca asintió, ofreciéndole una sonrisa trémula.

—¿Qué tal el paseo? ¿Lo has pasado bien con tus amigas?

Ella asintió y al momento le estaba contando lo bueno que era el chocolate de aquella cafetería fina de la calle Real, el frío que hacía en la calle y un montón de nimiedades sin importancia ninguna. Eran tan pocas las ocasiones en que podían hablar tranquilamente, sin que ninguna idea extraña se cruzara en la mente de su padre, convirtiéndole en un ser irracional y peligroso, que las atesoraba y trataba de alargarlas al máximo. Después vendría la tía Angustias a regañarla por no preparar la cena, pero ahora estaba disfrutando del mejor momento del día, y no pensaba desperdiciarlo.

Capítulo 2

Camino de casa, Carlos Figueroa se encontraba más que orgulloso de llevar del brazo a su joven hija. Gloria era lo único que le había quedado de su querida esposa y por eso la adoraba, o al menos eso solía decir él en público. En realidad, los años que llevaba viudo habían suavizado el recuerdo de aquella dama delicadísima, quejicosa y de mala salud, que desde el nacimiento de su única hija había decidido encerrarse en su alcoba, enferma perpetua, a la que los médicos no encontraban más remedio que tratar de curar sus nervios, puesto que no mostraba síntomas de enfermedad física alguna. Al final, cuando verdaderamente su estado se volvió grave, nadie le prestó demasiada atención, acostumbrados a sus quejas constantes, y la mujer falleció entre suspiros, convertida en mártir por su propio deseo.

En los casi diez años transcurridos, el viudo, aún joven y atractivo, no había tenido tiempo ni ganas de buscar una segunda esposa. Sus días se consumían entre las paredes de la redacción del periódico que dirigía, y en casa tenía un ama y una doncella que se ocupaban de que todo estuviera perfecto. En cuanto a la compañía, le bastaba con la de su hija adorada, a la que había malcriado, convirtiéndola en su propio reflejo. Mejor así, se justificaba a sí mismo cuando le entraban dudas sobre la conveniencia del exceso de educación que Gloria había recibido. Prefería a aquella muchacha culta, inquieta, llena de vida, antes que a la mustia flor que había sido su difunta madre.

—Padre, dime una cosa, ¿quién es Aldrey? —se atrevió a preguntar Gloria, después de un largo silencio.

—¿Qué quieres decir? Aldrey es un empleado, como los otros. No entiendo tu pregunta. ¿Hay algún problema con él?

—No, no, ninguno. Solo me preguntaba de dónde ha salido. ¿Conoces a su familia? ¿Son de La Coruña? He estado pensando, y no recuerdo si conocemos a ningún otro Aldrey.

—Solo sé que es un buen trabajador, tiene estudios y lo mismo redacta una noticia que trabaja en la imprenta. Es lo único que me interesa de él y lo único que debería interesarte a ti, niña.

En realidad, Carlos sabía bastante más sobre su joven empleado, pero dentro de su contrato se había acordado que nunca se haría mención a su especial situación y, conociendo a su deslenguada hija, sabía que, si llegaba a confiárselo, no tardaría demasiado en pedirle explicaciones a Aldrey sobre su secreto familiar.

—Si a mí no me interesa nada lo que Aldrey haga o deje de hacer, padre, por supuesto que no.

Gloria aligeró el paso, obligando a su padre a igualarla, con las mejillas repentinamente arreboladas, lo que llevó a Carlos a preguntarse con inquietud si aquella negativa rotunda de su hija significaba exactamente lo contrario de lo que ella había expresado. Recordó que le faltaban pocos meses para cumplir veinte años, era una jovencita en edad de merecer y no sería de extrañar que comenzaran a aparecer pretendientes interesados en ella. ¿Qué iba a ser de él cuando

su queridísima hija abandonase la casa convertida en la esposa de algún afortunado joven? Era algo que le causaba demasiada pesadumbre, así que decidió descartar la idea.

—Mercedes Montenegro me ha invitado a su casa el viernes por la tarde, quiere que conozca a una amiga suya, Blanca Fontela.

Carlos asintió complacido. Le hacía feliz que por fin su hija hubiese encontrado una amiga a su altura intelectual, alguien de su edad con quien podía conversar y divertirse, para salir un poco de su círculo cerrado de familiares y periodistas. La joven Montenegro escribía como el mejor de sus redactores y tenía inquietudes sorprendentes, como ese interés por las teorías de Charles Darwin, pero no por eso parecía descuidar su vida social, algo que Gloria desconocía por completo.

—Y que tenga que ser la recién llegada quien te presente a sus amigas en tu ciudad natal — Carlos sonrió, suavizando el reproche con unas palmaditas en la mano que su hija le apoyaba sobre el antebrazo.

—No me escuchas —protestó Gloria, descartando el giro de la conversación—. Te digo que voy a conocer a Blanca Fontela, la hija de Arturo Fontela.

Por eso estaba tan excitada. No era por hacer nuevas amigas y salir a divertirse con ellas. Era la inquieta periodista que llevaba dentro, a la caza y captura de la exclusiva.

—No te hagas ilusiones, sabes que Arturo Fontela no concede entrevistas, y teniendo en cuenta los rumores sobre su estado mental, tampoco voy a permitir que te acerques a él ni aunque su hija te invite a su propia casa.

La vio hacer un mohín de disgusto. Su hija podía ser muy terca a veces, pero siempre lo escuchaba y terminaba aceptando cuando comprendía que tenía razón.

No, no iba a permitir que se acercara ni a un metro de Arturo Fontela, el poeta maldito, un hombre tan obsesionado con la literatura que había perdido por completo la razón. Se decía de él que siempre había sido complicado, desde que aprendió a leer a duras penas y por su cuenta en su pequeña aldea natal. Ignorando sus humildes orígenes e invirtiendo todo el patrimonio recibido tras la temprana muerte de sus padres, se había trasladado a La Coruña, donde logró infiltrarse ente los círculos intelectuales más exquisitos, sorprendiendo hasta a los más recalcitrantes con la calidad e intensidad de sus poemas. Pero lo que parecían rarezas y exaltaciones propias de un genio se convirtieron en una locura absoluta y peligrosa tras la muerte repentina de su esposa, su musa.

—No trataré de concertar una entrevista, si no quieres.

Su gesto compungido no lo engañaba. Sabía bien como manipular sus sentimientos, pero en esta cuestión no iba a dar su brazo a torcer.

—No, no lo harás. Si su hija quiere informarte sobre su obra, y te da su permiso para escribir sobre el padre, puedes tener un buen reportaje para *La dama ilustrada* sin ponerte innecesariamente en una situación peligrosa.

Gloria asintió y soltó el brazo de su padre. Estaban ya ante la puerta de su casa y Carlos le cedió el paso, siguiéndola por el estrecho portal. Sabía que no lo desobedecería, pero la tentación era grande, no lo negaba. La revista de su hija, recién publicado su primer número, pretendía culturizar a las mujeres de la ciudad, poniendo a su alcance todo tipo de noticias y reportajes que nunca aparecerían en otras publicaciones femeninas. Hablar con el poeta maldito, editar sus escritos llenos de dolor y pasión, sería un éxito seguro y otro escándalo que añadir a la corta vida de *La dama ilustrada*. Anotó mentalmente seguir pendiente de aquella cuestión, preguntarle por la hija de Fontela, y descubrir hasta dónde estaba dispuesta a llegar Gloria para salirse con la suya,

algo a lo que estaba muy mal acostumbrada.

Blanca no había pasado una buena noche. De madrugada la despertó un ruido de pasos inquietos en la sala. Se levantó preocupada, para encontrarse a su padre en medio de un desorden de papeles, el tintero volcado sobre la alfombra, libros abiertos por todas partes y la mirada perdida que mostraba en sus peores momentos.

Sabía lo inútil que sería tratar de razonar con él. En esta ocasión, se había obsesionado con cierto tomo de poesía de don Francisco de Quevedo que se le antojaba perdido. Blanca lo ayudó a buscar, en silencio y procurando mantenerse lejos de sus rápidas manos, que más de una vez pagaban con ella sus frustraciones. No le guardaba rencor. Su mente enferma lo obligaba a comportarse así, pero ella lo amaba igual, procurando poner los buenos momentos por encima de los malos.

Cuando ya desistía de encontrar el libro perdido, y viendo que su padre volvía a enfurecerse, como una olla de agua al fuego que comienza a borbotear, decidió que por su propio bien era mejor volver a su dormitorio y encerrarse por dentro hasta que la tormenta amainase.

Y entonces, al cruzar por delante de la alcoba de su padre, vio los tomos apilados sobre su mesilla de noche y, con los dedos cruzados, corrió a buscar entre ellos. Respiró hondo al encontrar el libro perdido y volvió a la sala con pasos livianos.

El amanecer los sorprendió aún despiertos, su padre sentado en su butaca, leyendo despacio con su voz profunda que levantaba ecos en la sala desordenada; Blanca arrodillada a sus pies, con la cara apoyada en el reposabrazos, escuchándolo en silencio.

Recordaba lo sucedido, ahogando un bostezo tras su mano enguantada, mientras cruzaba la ciudad tratando de adaptar su paso al más enérgico de Gloria Figueroa.

Mercedes Montenegro las había invitado a ambas a merendar, y enseguida había congeniado con la joven pelirroja, hija del dueño de *El eco de la provincia*, uno de los diarios más importantes de la región. Para su enorme sorpresa, las dos amigas le habían confesado que estaban detrás de la edición de aquella revista que tanto había escandalizado a los coruñeses en aquellos días. *La dama ilustrada* se llamaba el invento, y en su editorial anunciaba la sorprendente intención de culturizar al género femenino, con reportajes, noticias y artículos de opinión de verdadero interés. Nada de labores del hogar y moda. Lo dejaban bien claro en su presentación, citando nada menos que a una conocida sufragista, Louise Michelle.

—La redacción de *El eco* está en la Plaza de Pontevedra —le dijo Gloria, y Blanca asintió—. ¿Has estado en el periódico alguna vez?

—No, no, pero he pasado muchas veces por delante.

—Es sorprendente que no nos conociéramos antes, ¿verdad? —La periodista caminaba mirando al frente, sin detenerse en las caras de las personas con las que se cruzaba—. Pero tengo que confesar que no hago precisamente lo que se llama vida social, me paso las horas en la redacción, no tengo tiempo para visitar amigos y familiares, ni asisto a fiestas y recepciones.

—¿Siempre estás en la redacción? —preguntó Blanca, dejando que su nueva amiga se explayase en su tema favorito para no tener que confesar que ella tampoco tenía vida social. Con su frugal economía no se la podían permitir y, además, aquel antiguo círculo de buenas amistades del mundo cultural de la ciudad, que su padre había hecho de recién llegado a La Coruña, desapareció poco a poco en cuanto se mostraron los primeros síntomas de su enfermedad.

—Vivo aquí —aseveró Gloria mientras abría la puerta y, con una sonrisa que le llenaba la

cara de orgullo, dejaba pasar a Blanca.

El olor a papel y tinta inundó sus sentidos. Era como estar de vuelta en su hogar. Blanca no recordaba un día de su vida sin sentirse rodeada de libros, cuadernos y ese olor intenso de las hojas recién cortadas y la pluma goteando tinta fresca.

—Es un buen lugar para vivir —dijo, y se ganó otra sonrisa de la pelirroja.

Por un pasillo lateral se acercaban dos hombres. Uno joven y delgado, muy alto, inclinaba la cabeza un poco para escuchar las instrucciones que el otro le iba dando y que parecían una lista interminable. Blanca reconoció en él a un periodista que en ocasiones se había acercado a su casa, tratando inútilmente de entrevistar a su padre. El otro, el que le hablaba como un sargento a un nuevo recluta, era un caballero de más edad, de abundante cabello castaño peinado hacia atrás, como si acostumbrase a alisárselo con las manos, fuertes rasgos y labios finos. Tenía un inconfundible parecido con Gloria, que se acercó al momento a darle un beso en la mejilla.

—Papá, quiero presentarte a la señorita Blanca Fontela. Aunque hoy mismo acabamos de conocernos, la considero ya una buena amiga.

Blanca se sorprendió por el tono cariñoso de Gloria. Era cierto que acababan de conocerse, pero también era evidente que la joven periodista era de carácter confiado y amistoso. Para ella, que era reservada y que apenas era capaz de expresar sus sentimientos a los más cercanos, adquirir de repente una amiga así resultaba casi abrumador.

—Un placer, señorita Fontela.

—El gusto es mío, señor Figueroa.

Extendió la mano derecha, que desapareció entre la mano más grande y salpicada de tinta del periodista. Ahora que lo tenía más cerca, descubrió que Carlos Figueroa no era más bajo que el empleado que lo acompañaba y que ya desaparecía por los pasillos de la redacción; de hecho, a ella le sacaba casi una cabeza, casi dos a su hija. La diferencia era que el dueño y director de *El eco* era un hombre más fuerte, de espalda ancha, cosa que la hizo sentir por un momento muy pequeña y frágil.

—¿Qué la trae por nuestras oficinas? Espero que mi hija no la haya enredado en alguna de sus ocurrencias.

—Me temo que se trata de eso exactamente.

—Blanca tiene muy buenas ideas para *La dama ilustrada* —intervino Gloria—. Era lo que necesitaba la revista, una colaboradora culta y con un apellido conocido en el mundo de las letras.

—Me lo temía —respondió su padre, sin dejar de mirar a la nueva amiga de su hija.

—¿Se lo temía?

Blanca frunció el ceño, intrigada por aquellas palabras. En ese momento se dio cuenta de que su mano comenzaba a calentarse al contacto con la de Carlos Figueroa. Logró rescatarla y, por primera vez en su vida, creyó que iba a ruborizarse.

—Me preocupa que la redacción se llene de bellas y elegantes jovencitas, y que eso interfiera en el trabajo de mis hombres.

El periodista pronunció las últimas palabras en voz un poco más alta. A su alrededor, los empleados volvieron a su trabajo con renovado interés, dejando de mirar embobados a la belleza morena parada en medio del pasillo.

—Lo... Lo siento, don Carlos. Mejor me marcho ya.

—De ninguna manera —Gloria intervino al momento, reprendiendo a su padre con una mirada—. Vamos a mi oficina, allí no molestaremos a nadie.

La pelirroja le indicó el camino y ella misma abrió la marcha, dirigiéndose a una puerta que

cruzó sin esperarla.

—Disculpe mis palabras —Carlos extendió una mano y Blanca posó de nuevo la suya, aún caliente, sobre su palma—. No iban dirigidas a usted, por supuesto, pero algo tenía que hacer para que dejaran de comérsela con los ojos —se inclinó con gesto galante, y depositó un beso suave en sus nudillos—. No los culpo. No todos los días tenemos la suerte de regalarnos la vista con semejante belleza.

Sí, definitivamente comenzaba a sonrojarse. Blanca recuperó una vez más su mano, con la huella de aquel beso marcada a fuego en su piel pálida, y logró despedirse de Carlos con un murmullo, corriendo casi hacia la puerta abierta por la que había desaparecido Gloria.

Horas después, acostada e insomne, apoyaba la cara sobre su mano derecha, tratando de recuperar aquel calor, aquel extraño escalofrío en la espalda, aquel sorprendente aleteo en su vientre.

Capítulo 3

—¡Blanca! Deja ya la escritura y ven a poner la mesa.

Soltó la pluma, sorprendida por la aparición de su tía, y al momento tuvo que limpiar las gotas de tinta que manchaban su escritorio. Ordenó las cuartillas que estaba escribiendo y se dirigió a la cocina, donde una olla borboteaba al fuego, llenándolo todo con el aroma de carne cocida con nabizas y patatas.

—¿Dónde está padre?

—Ha salido. Vete tú a saber adónde.

No era tan difícil de imaginar. Le gustaba dar largos paseos, sobre todo en los días de viento como aquel. Pero sus pasos lo guiaban invariablemente por dos caminos. O bien cruzaba la ciudad para dirigirse a la playa del Orzán, o bien, tomando la dirección contraria, terminaba en el cementerio de San Amaro, ante la lápida que guardaba los restos de su madre.

La muchacha que las ayudaba con las tareas de la casa planchaba sábanas en una esquina, con la plancha de hierro que iba calentando en la cocina. La tía vigilaba la olla del cocido, y Blanca se aprestó a recoger el servicio para los tres y poner la mesa en el pequeño comedor anejo.

—Llegó carta de mi prima Celsa —le dijo la tía, elevando la voz desde la cocina—. Que están todos bien en la aldea, que a ver si volvemos pronto a visitarlos.

Blanca extendió el mantel y fue ordenando los tres platos, los juegos de cubiertos, las copas. No contestó a aquellas palabras, sabiendo lo que tía Angustias intentaba decirle. La mujer estaba convencida de que su padre se curaría si volvían a su tierra natal, con la poca familia que les quedaba, aquella prima casada con el vecino más adinerado de la zona, que había adquirido las propiedades de la herencia de su familia cuando su padre lo vendió todo para irse a La Coruña.

—No encuentro las servilletas —dijo, mirando a su alrededor en la cocina, con la mente muy lejos de su labor.

—Las acabo de planchar.

La muchacha le ofreció tres lienzos blancos, que Blanca recogió para llevar al comedor.

—Que dice la prima que allí tenemos nuestra casa, para volver cuando queramos.

Blanca reprimió un escalofrío. Lo siguiente sería hablarle del hijo de su prima, el heredero de todo lo que un día fue de su familia, que, unido a la fortuna de su padre, lo había convertido en el hombre más rico de toda la comarca. Aquel patán que solo sabía hablar de razas de vacas y abonos para las cosechas. El que tuvo la desfachatez de arrinconarla en el establo para besarla mientras en la casa velaban a su progenitor y todos se afanaban en los preparativos del entierro y el funeral. Mucho meses después, Blanca aún necesitaba pasarse la mano por la boca cada vez que la asaltaba aquel recuerdo, para borrar el sabor de los labios húmedos y ansiosos de aquel indeseado pretendiente.

—Ya llega padre —anunció, con alivio, al escuchar que se abría la puerta.

—A ver de qué humor viene —refunfuñó la tía, asomándose a la puerta de la cocina con un paño entre las manos.

Ausente, pensó Blanca tiempo después mientras los tres comían sentados a la mesa. Si le hablaba, él la miraba por un breve instante, como si fuera un acertijo que tuviera que descifrar. Si no, se quedaba absorto revolviendo el contenido de su plato con la cuchara.

Esta era su vida. Luchar con un enfermo, incapaz de cuidarla y guiarla en la vida, y con una tía que trataba de imponerle su voluntad en su propio beneficio.

Pero tenía a sus queridas amigas, a Inés, su hermana del alma, y ahora a Mercedes y a Gloria. Y tenía *La dama ilustrada*. Sí, sus expectativas habían mejorado muchísimo en las últimas semanas, y hasta se atrevía a mirar al futuro con optimismo.

No vio la sombra que la aguardaba agazapada, esperando para golpear donde más le había de doler.

Por la mañana, bien temprano, Blanca se acercó a la redacción de *La dama ilustrada* para entregarle a su editora el primer artículo que había redactado para la revista.

Había amanecido un día despejado, con un cielo de un intenso azul en el que relucía un sol que apenas comenzaba a calentar. El paseo desde su casa, cerca de la parroquia de Santiago, hasta la calle de San Andrés le había calentado los pies, las manos y casi el alma. Aquella noche su padre había aceptado tomarse el tónico a base de láudano recetado por el médico para ayudarle a dormir y, gracias a ello, todos habían descansado. No pudo evitar pensar con tristeza que una simple noche de tranquilidad, algo que cualquier persona daba por supuesto y ni siquiera valoraba, suponía en su vida un gran logro, un momento de amarga felicidad, por cuanto le recordaba los difíciles días pasados y los que muy probablemente vendrían.

—¿Va a entrar o prefiere quedarse aquí fuera disfrutando de la fresca mañana?

Blanca despertó de sus cavilaciones y se encontró de frente con el director de *El eco*, que mantenía la puerta de la redacción abierta, esperando que ella se decidiese a entrar.

—Disculpe, don Carlos, no sé dónde tenía la cabeza.

—Yo diría que sobre los hombros, y tan bonita como siempre.

Estaba segura de que le había entendido mal. Comprendió que realmente había dicho aquellas palabras al ver la sonrisa de Carlos Figueroa, que la saludó quitándose apenas el sombrero mientras ella entraba y él salía, despidiéndose con un ligero «buenos días».

Alguien se acercaba a sus espaldas. Blanca inspiró fuerte, esperando apagar así el rubor que le coloreaba las mejillas, y se volvió para saludar a Aldrey, que ya le deseaba también buenos días.

—A ti también te han convencido para subirte a este barco —bromeó el periodista, con la confianza que le daba haber crecido juntos compartiendo muchas tardes de juego infantiles en los jardines de la calle en la que vivían.

—Aquí somos todos marineros, ¿no? —Blanca dio dos pasos hacia la puerta de la oficinita de Gloria, pero se detuvo al comprender que Aldrey quería decirle algo más—. ¿Ocurre algo, Francisco?

—La otra tarde, cuando nos encontramos en aquella plaza... No le dijiste a la señorita Gloria quién soy...

Recordó el momento. Gloria, Mercedes, y ella misma, perdiendo el tiempo inútilmente sentadas en la Plaza de la Harina, elucubrando sobre el benefactor misterioso que había auxiliado generosamente a las familias de tres marineros desaparecidos en un trágico naufragio. Y entonces vieron acercarse a su antiguo vecino, y Blanca apenas tuvo tiempo de reaccionar y descubrir que

también trabajaba en la redacción de *El eco*, como periodista, ocultando su verdadero nombre y la importancia de su familia, para así poder hacer lo que realmente deseaba.

No, no iba a ser ella quién descubriera su farsa, complicándole aún más su delicada situación.

—Si hasta ahora no se lo has dicho tú mismo, supongo que tus razones tendrás, y yo no pienso inmiscuirme.

Aldrey jugueteó con las gruesas gafas de leer que llevaba en las manos, indeciso.

—No me gusta mentir... Ideé esta farsa como una forma de trabajar en lo que realmente quiero y evitar, hasta donde sea posible, que mi padre se entere. Ya sabes cómo es...

Blanca asintió con la cabeza. Sí, conocía muy bien al dueño y señor de Industrias Moreira, el que de vez en cuando recordaba que tenía un hijo y aparecía como una tromba en el parque para llevárselo por una oreja y regañarle por jugar con aquellos zarrapastrosos, entre los que ella estaba incluida.

—Algún día te descubrirá.

—Ahora ya no importa —Francisco Moreira Aldrey sonrió y su rostro pareció iluminarse—. He descubierto que esto es verdaderamente lo que quiero hacer, y ya nada va a impedírmelo.

—Suerte, entonces —Blanca extendió una mano y le apretó la suya con cariño.

Desde la puerta de su oficina, Gloria observó aquella escena, intrigada, y cuando Blanca se dio la vuelta y la descubrió mirando enarcó las cejas en una muda interrogación.

Mientras Gloria leía con cuidadosa atención su artículo, Blanca, sentada frente a ella, apretaba su bolsito sobre el regazo. Sabía que el artículo estaba bien. Había encontrado una manera bastante sutil para, bajo el inocente aspecto de unas páginas de moda, comparar el armazón de los complicados polisonos que las damas usaban con una jaula en la que se mantenía encerrada su inteligencia, independencia e ideas propias. Estaba satisfecha con el resultado, pero era la primera vez que daba a leer algo salido de su pluma a otra persona, y eso la llenaba de ansiedad.

—Otro escándalo. Salimos a uno por número —bromeó la pelirroja, dando su aquiescencia a la publicación.

Blanca soltó el aire que estaba conteniendo y su boca se curvó en una sonrisa triste.

—Eso para los que lo lean y lo entiendan. Estoy convencida de que la mayoría de los caballeros no lo harán.

—No va dirigida a ellos nuestra revista.

Asintió con gesto pensativo, aunque no pudo evitar discutir aquellas palabras.

—Pues no estaría mal captar su atención. Son pocas las mujeres que leen, y menos las que se interesan por conocer sus derechos, o la falta de ellos, mejor dicho.

—Hablas como una sufragista.

Notó algo cálido en el pecho. Más que cálido, era un pequeño fuego que iba creciendo y que la obligaba a hablar antes de que la quemase por dentro.

—¿Acaso tú no estás de acuerdo en que las mujeres deberíamos tener los mismos derechos que los hombres? ¿Que deberíamos poder, como ellos, votar en las elecciones y decidir quiénes nos gobiernan? —Respiró hondo y suavizó la voz, temiendo parecer una exaltada—. Sí, procuro estar al tanto de los movimientos sufragistas, y leo todo lo que cae en mis manos, especialmente los escritos de doña Concepción Arenal.

—¿Te vestirías de hombre, como ella, para asistir a la universidad?

—Alguna vez lo he pensado —Blanca se puso en pie, recogiendo su chal y su bolsito, despidiéndose ya de Gloria, ansiosa por volver a casa y ver cómo se había levantado su padre—. Debo irme ya.

—El viernes tendremos el nuevo número de *La dama ilustrada* —le dijo Gloria al despedirse, acompañándola a la puerta.

—Entonces...

No consiguió terminar la frase. Desde el pasillo podía ver el despacho del director de *El eco*, la puerta estaba abierta y Carlos Figueroa hablaba con Aldrey, que le entregaba unas páginas recién salidas de la imprenta.

—¿Entonces...? —le preguntó Gloria.

Parecía que acababa de volver de la calle. Aún tenía el sombrero, que se quitó mientras su empleado le daba algunas explicaciones, pasándose la mano por el cabello espeso y un poco desordenado, sin pomadas que lo mantuvieran en su sitio.

—¿Decías...? —insistió la otra.

—Entonces... vendré el viernes —logró por fin terminar su frase.

Consiguió al fin que sus piernas la obedecieran y emprendieran el camino de salida de la redacción. El viernes volvería a verlo, pensó, y los latidos de su corazón se aceleraron por un momento.

Capítulo 4

—Buenos días, don Carlos.

—Buenos días, Blanca. No le pregunto cómo está, porque resulta obvio.

El periodista acompañó sus palabras con una mirada apreciativa que arrancó una tímida sonrisa de la joven. Aquello compensaba la media mañana de trabajo perdida, vigilando su llegada a la redacción.

—Es usted muy amable, terminaré por acostumbrarme a sus halagos.

Había escuchado cuando le decía a su hija, días atrás, que volvería el viernes. Desde entonces, la impaciencia lo corroía. No sabía adónde pretendía llegar buscando su atención, provocando sus sonrisas, admirándola con tanto descaro. La cuestión era que no podía evitarlo.

—Se los merece todos. Alegra usted este triste edificio con su sola presencia, y encima redacta unos artículos dignos de Sofia Casanova^[1].

Carlos observó complacido el rubor que asomó a las mejillas de Blanca, descubriendo al mismo tiempo que los días en que ella aparecía por la redacción parecían más luminosos y el trabajo más ligero y llevadero. Y pensar que solo media hora antes había estado gritando al nuevo linotipista que venía a hacer el trabajo de Aldrey, al que ahora Gloria tenía casi secuestrado en la oficineta desde donde dirigía su revista. No importaba ya nada, todo el mal humor y el apuro de la mañana se desvanecían bajo la dulzura de la sonrisa de Blanca.

—Pero qué exagerado que es usted.

Blanca dio dos pasos hacia la puerta de la oficina de Gloria, y se detuvo apenas antes de tropezar con un par de plumillas que salían con paso apurado para cubrir alguna noticia de última hora. Se tocaron el sombrero para saludarla mientras ella les daba los buenos días y, cuando ya se alejaban, uno le dio un codazo al otro, indicándole con un gesto de la cara hacia su director.

—No permita que Gloria la haga trabajar demasiado, mi hija es una pequeña dictadora, yo lo sé bien, y debo confesar que en gran parte es culpa mía.

—No se preocupe.

—Que tenga un buen día, entonces —la saludó inclinando la cabeza, antes de ponerse el sombrero.

Blanca dejó de prestarle atención para sonreír a Aldrey, que había aparecido en el pasillo de repente.

—Buenos días, Blanca —el joven se iba abrochando la chaqueta, apurando para alcanzar la puerta al mismo tiempo que el director de *El eco*.

Ya en la calle, Carlos miró a su empleado con cierta preocupación. No le habían pasado desapercibidas las sonrisas y el codazo de sus reporteros. De repente tenía la desagradable sospecha de que en la redacción se podían estar haciendo comentarios sobre su comportamiento con Blanca Fontela.

—Dígame, Francisco, ¿qué tal se lleva usted con sus compañeros de *El eco*?

Esperó paciente la respuesta. El joven tenía la buena costumbre de pensar antes de hablar.

—No tengo problemas, don Carlos, aunque le confieso que he sufrido más de una broma pesada desde que trabajo más tiempo para *La dama ilustrada* que para el periódico.

—Precisamente de la revista de mi hija le quería hablar —Carlos se tomó su tiempo para sacar su pitillera, ofrecerle a su empleado, que aceptó agradecido, y encender ambos cigarros antes de seguir hablando—. Se diría que las visitas de sus colaboradoras trastornan un poco al personal, por decirlo de una manera sutil.

—No puede usted culparlos, don Carlos —Francisco dio una larga calada al cigarro, disimulando apenas una sonrisa.

—Son dos damitas muy hermosas, nadie lo niega.

—¿Sabe? Blanca y yo éramos vecinos de pequeños. Como tenemos la misma edad, jugábamos juntos en la calle. Era dura y fuerte, y los niños la respetábamos como a un igual —meneó la cabeza, como si apenas pudiera creer ahora aquellos recuerdos—. Nos hemos visto poco en los últimos años, pero sí, se ha convertido en una dama hermosa y elegante.

Caminaban a buen paso por la calle San Andrés, camino de la Casa Consistorial en la Plaza de la Harina. A diario hacían el mismo recorrido, para obtener las últimas noticias sobre la actividad municipal, y en esos paseos Carlos Figueroa había llegado a apreciar a su empleado, por más que ahora lo mirara con recelo. Hacía tiempo que sabía que suspiraba por su hija, toda la redacción estaba al tanto. Y ahora declaraba su admiración por Blanca Fontela. Al final, el callado Aldrey iba a resultar un donjuán.

—Entonces, estará usted encantado de verla más a menudo.

Cruzaron la calle de nuevo en silencio, acercándose ya a la plaza que llamaban del Derribo, donde se construiría el nuevo Ayuntamiento si algún día llegaba a concretarse el proyecto que ya se alargaba tanto en el tiempo. Carlos miró interrogativo al joven, obligándolo a contestarle a pesar de su reticencia.

—Me alegra verla, sí, pero no vaya usted a pensar lo que no es —respiró hondo, como para poner un largo punto y aparte a aquella conversación, aunque en realidad lo que vino a continuación era el verdadero remate—. Espero que esta tarde puedan usted y mi padre llegar a un entendimiento.

El periodista sacó de nuevo la pitillera y le ofreció un cigarro a su empleado, pensativo.

Sí, había tenido un problema grave con Francisco Moreira padre, el dueño y señor de Industrias Moreira, uno de los hombres más ricos de La Coruña, lo que suponía que también era uno de los más poderosos e influyentes. El padre de su joven empleado no quería ver a su único hijo trabajando como periodista. Días atrás había irrumpido en la redacción de *El eco* con la pretensión de que lo despidiera, a lo que su hija Gloria, cómo no, se negó rotundamente, insistiendo en que en realidad trabajaba para ella, en su revista femenina.

Y después de alterar hasta lo increíble al señor Moreira con su descarada oposición, se le había ocurrido tratar de contentarlo publicando una información falsa en la que se indicaba que cierto poderoso industrial estaba detrás de las generosas cantidades de dinero donadas a las viudas de tres marineros desaparecidos en el hundimiento de un barco de pesca. Donaciones que en realidad había hecho su hijo, Francisco Moreira Aldrey, empleando así el dinero de su padre, que tan poco valoraba, en socorrer a los más necesitados.

—Yo también lo espero —dijo, cuando ya se adentraban en la Plaza de la Harina, donde estaba el consistorio—. Mi hija Gloria está encantada de conocer a su familia y su hogar, le han hablado mucho de ese palacete en el que viven.

—Solo es una casa grande —Aldrey se encogió de hombros, como era su costumbre, con el

ala del sombrero haciéndole sombra en la cara.

Pero aun así Carlos pudo ver la rara sonrisa que le curvaba la boca. Su empleado más serio y callado, al que ahora se le iluminaban los ojos ante la sola mención de su hija. Bueno, estaba claro que el muchacho solo pensaba en Gloria. Siendo como era un buen partido y un hombre serio y respetable, él no tendría nada que oponer si le pedía permiso para cortejarla.

En cuanto a Blanca Fontela, en el fondo sabía que debía guardar las distancias, que era casi absurdo que a su edad, y viudo durante tantos años, fuese a encapricharse de una jovencita. La cuestión era que no quería comportarse. No quería dejar de arrancarle una sonrisa cada vez que se la cruzaba; de decirle una palabra bonita, porque se las merecía todas; de perturbar, por unos segundos tan solo, la mirada serena de sus ojos oscuros. Y no lo haría. Nadie podía obligarlo.

—¿Está usted aquí, don Carlos?

Aldrey lo miraba, casi preocupado. Se dio cuenta entonces de que llevaban un buen rato parados en la mitad de la plaza, sin dar los últimos pasos hasta la puerta del Ayuntamiento.

—Estoy aquí, Aldrey, no se preocupe. Vamos a hacer nuestro trabajo.

Desde su despacho, con la puerta abierta, podía ver el pasillo de entrada a la redacción. La puerta de la oficinita de Gloria quedaba a su izquierda, y a la derecha la sala grande donde trabajaban los redactores. Nadie podía entrar o salir de *El eco* si no era por ese pasillo estrecho, y así, aquella mañana, se descubrió una vez más vigilándolo a la espera de su ansiada visitante.

Había llovido toda la noche y seguía haciéndolo. Una lluvia fina y constante de la que era difícil resguardarse. Por eso, cuando ella entró se detuvo a recomponer su aspecto, sacudiéndose el agua que empapaba su elegante sombrero. Eso le dio tiempo suficiente para correr a su encuentro, antes de que llamase a la puerta de su hija.

—Buenos días, señorita Fontela. ¿Puedo robarle unos minutos?

Blanca levantó el rostro sobresaltada y posó en los suyos aquellos ojos castaños, con una mirada mucho más antigua y sabia de la que debería tener a sus pocos años.

—Buenos días, don Carlos. Por supuesto.

No le sonrió, rara vez lo hacía. Se había dado cuenta de que no iban con ella las maneras coquetas y seductoras; mucho mejor para él, no creía poder soportarlo si decidía utilizar sus armas de mujer.

Le abrió paso hasta su despacho y le ofreció asiento, admirando sus modales elegantes y la forma en que el vestido se ceñía a su delgada figura.

—Dígame —logró articular mientras se sentaba, distrayendo su vista un momento sobre los papeles de su mesa para no perder el hilo, fascinado por su belleza—, ¿tiene nuevo artículo para *La dama ilustrada*? Mi hija me comentaba esta mañana que lo esperaba con impaciencia. El primero que redactó era brillante.

—¿Es su opinión o la de su hija? —su voz era seca y el tono se volvió incisivo.

—La de ambos. Estamos totalmente de acuerdo, por una vez.

Se inclinó sobre la mesa, mirándola con gesto abierto y confiado, esperando que ella lo recompensara de igual forma. Pero era como tratar de engatusar a un gato callejero. Igual de recelosa.

—Se lo agradezco. Y sí, hoy le traigo a Gloria el nuevo artículo para la revista.

De su bolsito sacó unos pliegos de papel que le ofreció.

—No, no, no puedo leerlo antes que Gloria, me mataría. La revista es suya y ella sola hace y

deshace.

—Le da usted mucho poder a su hija, y mucha libertad —volvió a guardar los papeles, pensativa.

—Sé que no es lo que se estila, pero Gloria es mi única familia y compañía, pronto cumplirá veinte años, no voy a tratarla como si fuera una niña o una persona incapaz.

—Muchos piensan que eso somos las mujeres, toda nuestra vida.

—No creo que su padre sea uno de esos muchos.

Blanca enderezó la espalda como si la hubieran pinchado. Su rostro se volvió más pálido que de costumbre, y en ese momento Carlos se dio cuenta de lo agotada que parecía. Cómo no se había dado cuenta antes de todas aquellas señales. Tan delgada, casi lívida, con esa mirada atormentada. Eran indicios de una persona que sufre, que no descansa y que carga con graves preocupaciones a su espalda.

—¿Conoce usted a mi padre?

—Lo conocí hace años, cuando era un joven y prometedor poeta. Era culto, brillante, y un gran conversador.

Blanca inclinó el rostro, una sombra parecía cubrir sus ojos.

—Apenas lo recuerdo así —susurró casi para su regazo—. Han cambiado mucho las cosas desde entonces.

—No pretendía inmiscuirme en sus asuntos personales —Carlos extendió una mano sobre el escritorio, ofreciéndosela—. Pero sepa que aquí tiene un amigo y un apoyo, si en algún momento lo necesita.

Ella miró su palma abierta, volvió a enderezar la espalda y parpadeó rápidamente, como para alejar alguna lágrima traidora.

—Se lo agradezco —su voz volvía a sonar grave y contenida—. Dígame, entonces, ¿de qué quería hablar conmigo?

Carlos descubrió que no tenía una excusa para eso. La había invitado a entrar en su despacho sin ningún motivo, en realidad, solo por el placer de disfrutar unos minutos de su compañía. Improvisó una frase tópica que lo sacase de aquel apuro.

—Solo quería saber si se encuentra usted a gusto trabajando en la redacción, y si mi hija la trata bien.

Blanca enarcó sus cejas perfectas, que parecieron formar dos interrogantes sobre los ojos castaños. Su boca se curvó en un gesto irónico que tomó por sorpresa a Carlos. De repente descubría que no hablaba con una jovencita ilusionada por su trabajo en la revista de moda, que era también la revista más escandalosa que se hubiera visto en la ciudad. En realidad, tenía delante a una mujer madura, y recordó que ya antes le había parecido mucho mayor de lo que debía ser a su edad.

—Muy a gusto, gracias. Su hija es un encanto, sin duda tiene a quién parecerse.

Aquello terminó de desarmarlo. Ella arrastraba las palabras, como si quisiera que no se perdiera ni una sílaba entre el ruido de la redacción, y lo miró directamente a los ojos mientras lo decía. Carlos se puso en pie, desordenando de un manotazo los papeles de su escritorio.

—Bien. Entonces, no la entretengo más. Disculpe el interrogatorio.

Fingió leer alguno de aquellos borrosos documentos mientras Blanca se levantaba, se acomodaba las largas faldas y separaba la silla para poder marcharse.

—Hasta otro momento —le dijo, y fue más una invitación que una despedida.

Supo que había respondido algo, porque ella aún le dedicó una última sonrisa torcida, sin

despegar los labios, y al momento se había ido. La oficina se enfrió y la luz pareció amortiguarse con su ausencia.

Se dejó caer de nuevo sobre su silla, agradeciendo que hubiera cerrado la puerta a sus espaldas y que nadie pudiese verlo en aquel momento de debilidad. A sus años, nervioso y torpe como un adolescente, y todo por una chiquilla que podía ser su hija.

Había querido conocerla mejor, tenerla cerca para descubrir si era tan fascinante como le parecía en sus breves encuentros. Y en unas breves palabras había descubierto a la mujer competente que se dedicaba con verdadera devoción a su nuevo cometido, a la hija preocupada por su padre y a la mujer que podía ponerlo de rodillas con una sola mirada de aquellos ojos de chocolate.

Mejor volver al trabajo, decidió, revolviendo de nuevo los papeles de su escritorio en un vano intento de ordenarlos. Ocupar la mente y las manos, eso no le había fallado nunca, mucho mejor que seguir pensando en la mujer más inapropiada que podía haber elegido para desear abandonar su largo celibato.

Capítulo 5

Gritos y sollozos. No era la primera vez que tenía tal recibimiento al llegar a casa, pero eso no implicaba que llegara a acostumbrarse. El corazón se le ponía en la garganta y las manos empezaban a temblarle antes de abrir la puerta y cruzar el estrecho pasillo hasta el despacho de su padre.

La tía Angustias estaba en el vano de la puerta, sollozando. Se recostó contra la pared, abatida, al verla llegar.

—¡Esto no es vida! —le gritó, como tantas veces antes—. Así no podemos seguir, yo no lo aguanto más.

Tenía el moño torcido y los ojos enrojecidos de tanto llorar. Sin esperar respuesta, echó a correr hacia el refugio de la cocina. Oyó el portazo al fondo antes de asomarse a comprobar el desastre.

Su padre parecía curiosamente calmado. Con gesto concentrado, arrojaba manojos de papel a la chimenea, que ardía con furia. Por todas partes había libros y papeles, como si un vendaval hubiese entrado a desordenar la biblioteca. Y en la esquina, destrozada, una pequeña vitrina de cristal donde se guardaban algunos premios y menciones recibidos por el joven poeta Arturo Fontela, en sus años de gloria.

Blanca cruzó la estancia, con cuidado de no pisar ningún cristal, y descubrió que las hojas que su padre quemaba contenían todos los poemas escritos a lo largo de los últimos años; aquellos que ni siquiera ella había leído. Su corazón se encogió un poco más al comprender que ya nadie lo haría nunca.

—No hagas eso. No los quemes, por favor.

—Son basura.

—No lo son.

Se atrevió a extender un brazo, a ponerle la mano sobre la muñeca, tratando de alcanzar las pocas hojas que aún no había arrojado al fuego.

—¡Déjame, Angustias!

El grito vino unido a un empujón que arrojó a Blanca al suelo, entre la pared y la librería. La esquina de madera se le clavó en la espalda, dejándola sin aliento, y su mano izquierda recibió el agujón de varios trozos de cristal al tocar el suelo. Entre lágrimas de dolor lo vio lanzar la última remesa sobre las llamas. El fuego se avivó caldeando aún más la sofocante habitación.

Cuando vio que volvía al escritorio, sin duda a buscar más poemas que quemar, logró ponerse en pie, ahogando un quejido.

—Por favor, por favor —le rogó, apoyándose sobre la mesa—. Déjalo ya.

—¿No dices que no hay dinero para leña? ¿No dices que la casa está helada y que te enfermas con esta humedad? Yo te daré calor, maldita arpía.

—Padre —se atrevió a extender las manos y tomarle la cara, obligándolo a mirarla a los ojos—. No soy la tía Angustias, soy yo, Blanca.

No la miraba. Sus pupilas estaban dilatadas, su cara ardía como en los peores momentos de su enfermedad. Esquivó sus manos y volvió a la chimenea, con un nuevo fajo de papeles entre las manos.

—Dinero, dinero, siempre dinero, solo dinero.

Y así continuó hasta quemar el último de sus poemas. Blanca solo pudo sentarse y mirar, con el dolor de la espalda rivalizando con el de su corazón.

Cuando la mayor intensidad del arrebato fue pasando, pudo ver como cada vez se movía más lentamente, con menos furia, agotado por completo. En un momento miró a su alrededor, con gesto extrañado, como si no reconociera el sitio en el que estaba o no recordara qué tenía que hacer. Al poco, con nueva energía, salió con paso firme del despacho y lo oyó cruzar el pasillo, abrir la puerta de la calle y salir, sin cerrar a sus espaldas.

Blanca estaba demasiado cansada y dolorida como para seguirlo, como para mirar siquiera desde la ventana para ver hacia dónde se dirigía. Supuso que a los lugares de siempre. Al menos la caminata quemaría sus últimas fuerzas y lo haría volver más calmado. Con ese pensamiento, se recostó en la butaca y cerró los ojos. De la mano herida cayó una gota de sangre, que tiñó el suelo de madera del mismo rojo que inyectaba los ojos de Arturo Fontela, el poeta maldito.

Carlos estaba acostumbrado a la mirada ausente de su hija. Desde niña había sido una gran fabuladora. Imaginaba cuentos en los que era la protagonista de grandes aventuras y, al ir creciendo, las historias fantásticas se fueron haciendo cada vez más próximas a la realidad, y se veía a sí misma como una aguerrida periodista recorriendo el mundo entero en busca de las noticias más sorprendentes. En ocasiones, con el entusiasmo que la caracterizaba, le contaba sus pensamientos, y por eso conocía los derroteros por los que solía vagar su mente. Pero en los últimos tiempos ya no podía adivinar qué nueva inquietud la mantenía alejada de la silla en la que se sentaba.

O, peor, sí que lo imaginaba, pero no quería saberlo.

La merienda en casa del dueño de Industrias Moreira se había convertido, sorprendentemente, en la presentación oficial de Gloria a la familia. Su empleado, Francisco Moreira Aldrey, al que su padre quería que despidiese para que trabajase en el negocio familiar, se había mostrado como un novio orgulloso, agasajando a su hija en todo momento.

La buena noticia era que Francisco Moreira padre aceptaba, a regañadientes, que su primogénito se dedicase, al menos temporalmente, al periodismo. Y el pequeño desacuerdo cuando trató de ordenarle que lo despidiese quedó olvidado, con lo que su periódico no perdería los beneficios que le proporcionaba Industrias Moreira.

La mala, pospuesta de momento, era que se temía el momento en que el joven Moreira Aldrey se decidiera a pedirle la mano de su hija. No estaba preparado aún para verla marchar.

Y mientras tanto, Gloria se sentaba a la mesa del desayuno con la cabeza en las nubes, sonriendo a ratos y sonrojándose cuando descubría que la observaba con atención.

—¿Cómo va el nuevo número de *La dama ilustrada*? —preguntó, intentado arrancarla de su abstracción.

—Bien. Bien —Gloria mordisqueó con desgana la magdalena con la que jugaba desde hace rato.

—¿El artículo de la señorita Fontela...?

—¡Oh! Maravilloso, casi mejor que el anterior —de repente su atención estaba por fin en la

conversación, y sus ojos brillaban conspiradores—. Por suerte Mercedes Montenegro tuvo la idea de que Blanca sería una buena redactora. La necesito más que nunca ahora que Mercedes se ha marchado por tiempo indefinido a Mondariz.

—¿Sigues pensando en hacer un reportaje sobre su padre?

—No sé —levantó la taza de leche para darle un sorbo, pensativa—. A veces trato de sacar el tema, pero Blanca es muy reacia a hablar de él.

Carlos asintió. Sin embargo, aún recordaba la pequeña confesión que le había hecho en su despacho, el dolor que cambió el gesto de su cara cuando le dijo que apenas recordaba a su padre como el poeta brillante que había sido.

—Me temo que las cosas no van muy bien en su casa, y ella es demasiado joven para cargar con tanto peso.

En ese momento logró captar toda la atención de su hija, que lo observó con repentino interés.

—¿Te preocupa su situación? Blanca es fuerte.

—Supongo que no le queda más remedio que serlo.

—Te he visto hablarle... —sus ojos saltones empezaban a brillar con una chispa maliciosa.

—Gloria...

—Es una belleza, ¿verdad? Con esos ojos oscuros y esa piel tan blanca, tan alta y elegante.

—No sé dónde pretendes llegar —Carlos se sentía entre divertido y acorralado por las sospechas de su hija. Dio un sorbo a su café y se puso en pie, dando por terminado el desayuno—. Pero que sepas que no me interesan las criaturas de la edad de mi joven hija.

Rodeó la mesa, mirándola con gesto desafiante. Gloria se tomó su tiempo. Terminó la magdalena, bebió la poca leche que queda en su taza y se levantó también.

—Aunque no es correcto hablar de la edad de las mujeres, te diré dos cosas —levantó la mano, extendiendo dos dedos—. Una, tu hija ya no es una criatura.

Carlos sonrió, pero Gloria enarcó una ceja, amenazadora.

—Y dos, la señorita Blanca Fontela me lleva unos cuanto años. Si haces cuentas de las fechas aproximadas en que se casaron sus padres y sumas que ella nació al año justo del matrimonio, verás qué sorpresa.

No era una cuenta difícil, puesto que precisamente aquellos días había buscado en su biblioteca los dos primeros libros de poesía de Arturo Fontela, publicados el mismo año de su matrimonio, y recordaba que la fecha en la portada indicaba el año 1855. Veintiséis años habían pasado desde aquellas publicaciones. En aquellos tiempos, Carlos aún era un mozalbete de catorce años que usaba pantalón corto.

—Sigue siendo una criatura al lado de tu anciano padre —bromeó, tratando de quitar aquella idea de la cabeza de su hija.

Gloria se encogió de hombros, fingiendo darse por vencida.

—Y yo que ya me la imaginaba convertida en mi madrastra.

—Si hasta ahora has vivido perfectamente sin madrastra, creo que a tu edad ya no te gustaría en absoluto tenerla.

—Ay, papá —Gloria se puso sobre la punta de los pies para darle un beso en la mejilla—. ¿Y a ti tampoco te gustaría? Llevas demasiado tiempo solo, y yo no voy a vivir contigo siempre.

Y sin esperar respuesta, se alejó con su paso rápido y ligero, dejándole una vez más reflexionar sobre un tema que en las últimas semanas le estaba costando más de un desvelo.

Al entrar en la redacción miró a su alrededor, esperando la sonrisa, el saludo, el galanteo acostumbrado. Solo recibió una decepción. El director de *El eco* no aparecía por ningún lado, así que caminó los pocos pasos hasta el despacho de Gloria y llamó a la puerta con los nudillos antes de entrar.

—¡Blanca! Pasa, pasa.

—Buenos días, Gloria, buenos días, Francisco.

La pareja parecía tener una interesante conversación que ella había interrumpido con su llegada. Vio a la periodista alejarse de su empleado, disimulando una sonrisa. Un sutil rubor iluminaba las pecas de sus mejillas.

—Ese ejemplar que me has traído... —Gloria carraspeó, intentando centrarse en la recién llegada—. *El diario por el sufragio de la mujer*... Aldrey me lo ha estado leyendo. ¿Sabías que domina el inglés a la perfección?

Blanca contuvo una respuesta mordaz. Sí, claro que lo sabía, por eso le había traído aquel raro periódico, encontrado entre los archivos de su padre. Su amigo de la infancia estaba tan obviamente enamorado de su jefa que ella no podía menos que alegrarse de ver que por fin era correspondido, y colaborar, si era posible, para afianzar aquella relación.

—Supuse que te interesaría. Su fundadora, la señora Becker, lucha por mejorar la educación femenina, algo imprescindible antes de ejercer el derecho al voto.

—Pero no solo la femenina —apuntilló Gloria, ya metida de lleno en el tema—, sino la masculina también. Opina que los hombres deberían saber cocinar y otras tareas del hogar.

—De ese modo podrían ayudar a sus esposas y, además, valorarían más su trabajo.

—¡Exacto!

Las dos mujeres miraron a la vez al único hombre de la habitación, con una sonrisa cómplice.

—Creo que se me hace tarde —Francisco sacó de su bolsillo el reloj y lo miró con atención—. Don Carlos me estará esperando para ir al Ayuntamiento.

—No lo he visto al entrar —dijo Blanca, ganándose al momento toda la atención de Gloria.

—Estará en su despacho.

—Sí, claro.

La morena se quitó los guantes, jugueteando con ellos con gesto nervioso.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

Aldrey se detuvo antes de abrir la puerta, mirando la venda que envolvía la palma de su mano izquierda.

—Nada... Un pequeño accidente.

La congoja que aún sentía por la escena del día anterior debió reflejarse en su rostro, porque al momento sus dos amigos se acercaron más, como tratando de consolarla, pero sin atreverse a preguntar lo que imaginaban. Fue Francisco, con la confianza que le daba conocerla desde niña, el que se decidió a indagar.

—¿Va todo bien... en tu casa?

—Todo lo bien que puede ir.

Enderezó la espalda, disimulando una mueca dolorida. Las ballenas del corsé se le clavaban en la zona dolorida por el golpe contra la librería.

—Tu padre...

—Estos días está muy nervioso. Siempre es así cuando se acerca el aniversario del fallecimiento de mi madre.

Aldrey asintió, esperando paciente hasta ver que ella no iba a añadir nada más.

—¿Hay algo que el médico pueda hacer? ¿Alguna medicina?

—Hace años que le receta láudano, al menos para que pueda dormir, pero no le gusta, dice que lo atonta y no lo deja pensar.

—¿Y tu tía? ¿Por qué no lo obliga a tomarse la medicina?

—Lo intentamos, pero es difícil.

Avergonzada, bajó la cara para no tener que confesar otra ignominia. Desesperada por la vida que llevaba con aquel hermano lunático, que un día cantaba y bailaba y al otro trataba de matarlas, su tía Angustias había decidido regresar al pueblo, a la casa que había sido de sus padres y donde ahora vivían la prima Celsa y su extensa prole, dejando a Blanca sola con aquella desgracia.

—Tendrás que dársela a escondidas. Pónsela en la comida o en la bebida.

—Sí, supongo —Blanca volvió a ponerse los guantes, dando por zanjado aquel tema.

—Yo... Debería irme.

Francisco extendió una mano y la puso sobre el hombro de Blanca, dándole un pequeño apretón. Ella levantó el rostro y le mostró una sonrisa que esperó fuera mucho más serena de lo que se sentía por dentro.

—Bien, en cuanto al artículo...

Se detuvo al encontrarse con la mirada atenta y preocupada de Gloria clavada en su rostro.

—Blanca, sé que no hace mucho que nos conocemos, pero quiero decirte que tienes todo mi aprecio, y mi apoyo si de algo te puedo servir. Lo que sea.

Aun la iban a hacer llorar. Ella nunca había tenido muchas amigas. Estaba Inés, que era como su hermana, pero ahora también su madre estaba enferma y apenas salía de casa, y no podían verse para contarse sus cosas. Con Mercedes había congeniado desde el primer momento, y sentía que se hubiera marchado con la familia a Mondariz, sobre todo con esa historia tan complicada que estaba viviendo en su relación con Damián Lizandra. Y ahora, ahora tenía a Gloria, ofreciéndole su cariño y su amistad. Y recuperaba la de Francisco, al que de niño también había querido como a un hermano. Casi se sentía afortunada.

No pudo contestar a aquellas palabras, porque en ese momento la puerta se abrió y entró Carlos Figueroa, llamando a su hija.

—Gloria... —se detuvo a dos pasos de ellas, llenando el pequeño despacho con su presencia —. Buenos días, señorita Fontela, disculpe la interrupción.

No estaba tan sorprendido por su presencia como quería hacerlas creer. Blanca se llevó una mano al pelo, colocándose un mechón sobre el hombro con sutil coquetería. Francisco había dicho que tenían prisa por salir hacia el Ayuntamiento, pero era evidente que Carlos no quería irse sin saludarla. Sintió una especie de orgullo que le hinchaba el pecho como si fuera un pavo real.

—Buenos días, don Carlos.

—He leído su nuevo artículo y, una vez más, debo felicitarla.

Ella le ofreció una sonrisa agradecida, mirando absorta el movimiento de sus labios al hablar. Nunca antes se había dado cuenta de lo atractiva que podía ser una boca masculina. Aquellos labios finos y bien delineados, enmarcados por el mentón fuerte y la sombra de la barba, resultaban del todo fascinantes.

—Solo nos faltaba el sufragio femenino para terminar de provocar a la ciudad, al final será verdad que nos cerrarán la revista por escándalo público.

Blanca era consciente de que Gloria solo hablaba para llenar el silencio, pero ella seguía

prendada del rostro de Carlos, que a su vez la miraba como si fuera la última vez, o la primera, que lo hacía.

—Ahora debo salir, pero quisiera hablar con usted en algún momento. ¿Mañana a esta hora le viene bien?

Blanca parpadeó para salir de su abstracción y logró hablar por fin

—Yo también quería hablar con usted. Aquí estaré. Mañana.

—Mañana.

Carlos salió dando dos pasos hacia atrás, sin dejar de mirarla, sin dedicar una palabra a su hija, ni mucho menos decirle por qué había entrado tan apresurado en su despacho.

Cuando la puerta se cerró y Blanca recuperó la cordura, se volvió a mirar a Gloria, que fingía leer unas cuartillas que tenía en la mano. La sonrisa que apenas lograba disimular le aclaró a Blanca lo poco discreta que estaba siendo con sus sentimientos.

—¿Puedo preguntar —dijo la pelirroja, abandonando la fingida lectura— qué es lo que quieres hablar con mi padre mañana?

—Es algo en lo que he estado pensando estos días —Blanca se puso en pie y recogió su chal y su bolsito—. Mañana te lo digo, ahora tengo prisa.

Se despidió con un breve saludo, consciente de lo intrigada que dejaba a su amiga, y salió de la redacción sin poder disimular una sonrisa feliz. Un rato antes, a su llegada, se había sentido desilusionada al no verlo. Pero él la había buscado, tampoco quería irse de la redacción sin saludarla, como cada día que venía. Y al día siguiente... Al día siguiente tenían una cita.

Capítulo 6

Y otra mañana se descubría a sí mismo espiando la entrada de la redacción como un adolescente enamorado. El día anterior un problema en la imprenta le había impedido verla llegar. Cuando ya salían para el Ayuntamiento, un comentario de Aldrey le hizo saber que ella estaba con Gloria en ese momento, detrás de una puerta que le impedía verla. La abrió sin pararse a pensar en alguna excusa para su comportamiento. Solo quería verla, asegurarse de que estaba bien, atrapar por un momento la mirada de sus ojos oscuros y tal vez lograr que sonriera, de aquella forma suya, sin despegar los labios.

Lo extraño, lo fascinante, era la forma en que lo había mirado, colocándose un mechón de pelo sobre el hombro, coqueta y complacida, sin sorprenderse de su entrada. Ella sabía que la buscaba, que quería verla aunque solo fuera un momento antes de irse. Tenía algo de bruja aquella mujer, solo eso podía explicar la forma tan absurda en que se comportaba cada vez que la veía.

Vio salir a uno de sus periodistas, a cubrir alguna noticia tal vez, aquel día no tenía la cabeza para el trabajo y no sabía apenas lo que se cocía en la redacción. Lo vio abrir la puerta y hacerse a un lado para dejarla pasar. Ella le dedicó un saludo y un agradecimiento, y el hombre se quedó mirándola embobado. Como todos, pensó Carlos, y por un momento comprendió a los moros que cubrían a sus mujeres de velos y mantos de la cabeza a los pies.

—Blanca...

Se puso en pie, captando su atención, para evitar que entrase en el despacho de Gloria, al verla dudar ante su puerta.

—Buenos días, don Carlos —dio dos pasos hacia él, con la cola del polisón barriendo el suelo con movimiento sinuoso.

—Buenos días, señorita Fontela.

Ella se colgó el bolsito de la muñeca, y empezó a quitarse los guantes.

—Ah, no, ahora que me ha llamado por mi nombre debe seguir haciéndolo. «Señorita Fontela» suena demasiado formal.

Fascinado, siguiendo el movimiento sinuoso de sus dedos, vio emerger su mano blanca y delicada, con un sentimiento tan intenso como si ella se estuviera desnudando ante sus ojos.

—Entonces, usted me llamará Carlos —acertó a decir, con la boca seca.

—No sé si debería...

Desnudó también la mano izquierda, y entonces Carlos vio la venda que cubría su palma. Frunció el ceño y recordó lo que Gloria le había contado la noche anterior, ya en casa.

—Siéntese, por favor.

En dos zancadas llegó hasta la puerta, que cerró, aislándolos del ruido de la redacción y de posibles interrupciones. Luego rodeó la mesa para sentarse enfrente, utilizando el mueble como escudo para no tenerla tan cerca. Esa mujer era peligrosa. Todo en ella lo era, su larga melena ondulada, sus ojos de chocolate, su figura esbelta enmarcada por el vestido de talle bajo, sus manos cruzadas sobre el regazo. Tenía que contener el impulso de tomarlas entre las suyas y besar

aquella herida hasta hacerla desaparecer.

—Bien, las damas primero. Dígame qué puedo hacer por usted.

Trató de utilizar un tono ligero, no podía meterse en sus asuntos personales, mucho menos cuando se trataba de un tema tan delicado como la enfermedad de su padre, así que le ofreció su mejor sonrisa, ignorando su mano herida y la sombra que apagaba un poco el brillo habitual de su mirada.

—Quisiera preguntarle si tiene algún puesto de trabajo para mí en *El eco*.

—¿Trabajo? —la miró sorprendido—. Gloria no permitirá que le robe a su redactora favorita.

Blanca se acomodó en su silla, alisándose la falda con la mano sana.

—Escribir un artículo para *La dama ilustrada* apenas me roba unas horas al mes, no tendría que dejar de hacerlo —se detuvo, escogiendo las palabras con cuidado—. Hablo de un trabajo diario, y de un salario.

De eso se trataba. No era de extrañar que tuvieran problemas económicos, la fortuna familiar de su padre no era tan grande como para mantenerlos eternamente. Carlos carraspeó y ordenó un poco los papeles sobre su mesa mientras pensaba la respuesta.

—¿Lo ha hablado con su padre?

—No es el mejor momento ahora para hablar con él.

La vio abrir y cerrar la mano herida, recordando quizá lo ocurrido.

—A finales de mes es el aniversario del fallecimiento de mi madre... Siempre son fechas difíciles.

—No pretendo inmiscuirme en sus asuntos personales... Pero sepa que aquí tiene un amigo, para lo que necesite.

—Las mismas palabras de su hija —Blanca levantó el rostro y le ofreció una sonrisa tan cálida que pareció iluminar el día, obligando al sol a salir de detrás de las nubes que lo mantenían prisionero—. Gracias, son todos muy amables conmigo aquí, no puedo imaginarme un lugar mejor para trabajar.

Carlos asintió, por supuesto que la ayudaría si estaba en su mano, pero aún quedaban algunos escollos que sortear.

—No puedo ponerla a trabajar en la redacción. Si ya mis hombres se quedan embobados solo con verla cruzar el pasillo, imagínese si pudieran tenerla a su lado todo el día.

—Se acostumbrarían —protestó Blanca mientras dos manchas rojas iluminaban sus afilados pómulos.

—Sería como tener a la Venus de Milo en la sala.

—Con algo más de ropa, me temo —el rubor le llegó ahora hasta el cuello, al tiempo que su rápida respuesta hacía reír a Carlos.

—Por suerte para mi cordura.

Supo que había cometido un lapsus. No había hablado de la cordura de sus empleados, sino de la suya propia.

—Podría ser su ayudante —le ofreció, mirando a su alrededor, disimulando tal vez que no había escuchado sus últimas palabras—. Creo que lo necesita.

Carlos contempló también su despacho como si lo viera por primera vez. Había papeles amontonados por doquier, libros de cuentas apilados en una esquina de la gran mesa, periódicos amarilleando bajo la ventana.

—Ahora que lo dice...

—Me imagino que usted sabe dónde tiene cada cosa, pero, como la mujer del César, el despacho del director no solo tiene que ser ordenado, sino también parecerlo —Blanca se inclinó un poco sobre la mesa, con el rostro encendido por la emoción de ver muy posible su propósito—. Puedo pasarle sus notas a limpio, anotar las facturas, incluso hacerle café.

—Es una proposición muy seductora.

Apoyó los codos sobre el escritorio, cruzando las manos. Sus rostros frente a frente, tan cerca que podía contemplar a placer su piel de alabastro, y el círculo más oscuro, casi negro, que rodeaba sus iris castaños.

—Le gustará mi café.

Dio gracias por la mesa que los separaba. No creía que Blanca fuera consciente de cómo jugaba con sus sentimientos. Todo en ella era demasiado atractivo, tentador, irresistible. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para recuperar la cordura y pensar que solo le ofrecía café, una inocente bebida, y no lo que él se imaginaba que le estaba ofreciendo.

—Supongo, puesto que parece que lo ha estado pensando, que también me dirá el horario que más le conviene...

—Puedo trabajar cuatro horas por las mañanas, si le parece bien.

—Me parece muy bien.

—De acuerdo, entonces. ¿Cuándo empiezo?

—Mañana.

Carlos se puso en pie bruscamente, decidiendo que aquella mañana adelantaría su visita al Ayuntamiento. Necesitaba aire fresco.

Blanca se levantó también, extendiendo su mano derecha, formal.

—Espero ser de verdadera ayuda para usted, y que no se arrepienta de darme esta oportunidad.

Cuando ya se había ido, cuando ya su perfume se disolvía en el aire de la estancia y la imagen de sus caderas moviéndose bajo el polisón se iba emborronando en su mente, Carlos se dejó caer sobre la silla, soltando de golpe el aire que contenía en los pulmones.

No sabía ni qué le había dicho como despedida. Solo que a la mañana siguiente, a primera hora, ella estaría allí, trabajando con él, ordenando sus cosas, llenándolo todo con su presencia.

Y preparándole café.

Los años y las desgracias personales la habían convertido en toda una experta a la hora de mostrar un rostro sereno, aun cuando bajo la superficie se removieran toda clase de sentimientos abrumadores.

Aquella mañana, para variar, su corazón latía emocionado y feliz, provocándole sonrisas que a duras penas lograba contener.

Tal y como había prometido, preparó café en la pequeña estufa de la esquina, y mientras Carlos lo tomaba, inmerso en la lectura de los diarios de la mañana, se dedicó a ordenar la librería, donde novelas clásicas se mezclaban con manuales de periodismo y tomos encuadernados de viejas ediciones de *El eco*. Remover todo aquel material provocaba a veces una nubecilla de polvo que le picaba en la nariz, haciéndola toser.

Se felicitó interiormente por haber elegido un vestido viejo y cómodo, renunciando a la coquetería, con un polisón mínimo que apenas entorpecía sus movimientos. Desearía haber sido aún más audaz y haberse atrevido a prescindir del corsé, esa pequeña cárcel en la que las mujeres

se embutían a diario. Si el destino de la mujer en el futuro pasaba por trabajar fuera de casa para ganarse la vida, algo tendrían que inventar los expertos en moda para sustituir aquella prenda infernal y permitirles así una mayor actividad.

Sonaron dos golpes en la puerta, y al momento asomó el rostro de Francisco. Aldrey, como lo llamaban todos en la redacción.

—Buenos días, Blanca.

—Buenos días, Francisco.

El joven cruzó la estancia, dirigiéndose al director del periódico, y al momento ambos estaban enfrascados en una pequeña discusión sobre cómo enfocar adecuadamente en las noticias del diario algún tema municipal que a Blanca se le escapaba.

Cuando el tema mudó hacia otra noticia más interesante, crónicas llegadas de Italia de nuevos triunfos del tenor Gayarre, Blanca se detuvo con el paño en alto, olvidándose de su tarea para prestar atención.

—Acérquese, si le interesa —dijo Carlos, sin levantar la vista de los papeles que leía—, y denos su opinión sobre el Rey del Canto.

—No podría. Nunca le he oído cantar.

—Pero estás escribiendo sobre él para *La dama ilustrada* —dijo Aldrey.

—Sobre lo que conocemos de su vida hasta ahora —Blanca dio dos pasos, acercándose para exponer sus argumentos—. Sobre lo mucho que luchó para demostrar su talento y cómo el reconocimiento le llegó en el extranjero. Tal vez, debido a sus humildes orígenes, y a pesar de que todos los que le conocían comprendían su valía, nunca nadie imaginó hasta donde llegaría, en parte gracias al rechazo del maestro Gaztambide.

—¿Dice usted que debería estar agradecido al difunto compositor?

—No tanto como agradecido, pero sí que fue ese el motivo de que se decidiera a marcharse a Italia, donde por fin logró ese éxito que le ha hecho famoso en toda Europa.

—Quizá porque los italianos son verdaderos entendidos en el arte de la ópera y aquí nos conformamos con la zarzuela.

Blanca sonrió apenas, divertida por la fingida humildad del periodista.

—No voy a discutir sobre eso. En realidad, lo que pretendo exponer con mi artículo es algo tan básico como el dicho de que nadie es profeta en su tierra.

—Y menos en España, sí, tengo que darle la razón.

Carlos se puso en pie y se quitó los manguitos que evitaban que se ensuciara la camisa mientras trabajaba. Blanca se dio cuenta de la hora que era y se volvió para coger su chaqueta del perchero, ofreciéndosela.

—Le espero fuera —dijo Francisco, saliendo apresurado. Blanca imaginó que quería despedirse de Gloria antes de salir hacia el Ayuntamiento.

—Una tarea ingrata la que se ha impuesto esta mañana —le dijo Carlos, acercándose para pasarle un dedo por la nariz.

Blanca enrojeció, no supo si tanto por el inesperado contacto como por ver polvo en la yema de su dedo. Carlos le ofreció su pañuelo y ella se lo pasó por la cara, eliminando la suciedad que, de la desordenada librería, había ido a depositarse sobre su piel.

—Es imposible limpiar sin mancharse en el proceso —afirmó, una vez repuesta del apuro.

—No se canse demasiado y recuerde que no está aquí para trabajar de fregona, ya tengo empleadas para eso.

—Me veo en la necesidad de decirle que no se esmeran mucho con su librería.

—No le permito tocar mis cosas a nadie. O, mejor dicho, no lo permitía.

En ese momento comprendió el alcance del voto de confianza que depositaba en ella, permitiéndole trabajar para él, en su propio despacho, entre sus libros y papeles, enterándose, si la curiosidad la tentaba, de las cuentas del periódico y del menor de los secretos de aquel negocio.

—Prometo ser digna de su confianza.

Carlos tomó el pañuelo que ella le devolvía, lo guardó en su bolsillo y extendió el brazo para coger su sombrero del perchero. Blanca tuvo que dar un paso atrás para permitírsele sin que sus cuerpos entraran en contacto. Aún así, notó una ráfaga de aire caliente fluyendo entre ambos, en el lugar donde la solapa de su chaqueta casi rozaba la pechera de su vestido.

—No me espere si nos retrasamos, aténgase a su horario, imagino que tendrá muchas tareas que atender en casa ahora que su tía no está.

Blanca asintió y fingió volver al trabajo, para no seguirlo con la mirada mientras salía. No comprendía aquel nudo que le atenazaba el vientre desde el día en que él aceptó su petición de trabajo. Preocupación, responsabilidad, emoción, incluso felicidad. Esos parecían ser los hilos de los que estaba tejido. Y era algo que no había sentido nunca en su vida.

Abrió un poco la ventana para que el aire fresco de la mañana se llevase el polvo que flotaba en el aire y, de paso, refrescase su rostro acalorado. Fuera lo que fuese, ahora y en el futuro, valía la pena vivirlo. Descubrió que todos aquellos años encerrada en su casa con su pobre padre enfermo y su amargada tía la habían convertido en una especie de muerta en vida. Ahora podía sentir la sangre correr cálida en sus venas, notaba el latido de su corazón bajo el corsé y las manos le hormigueaban con la emoción de llevar a cabo todas las tareas que se había impuesto.

Era el trabajo el que la hacía sentir tan viva, se dijo, para no dejarse tentar por sueños imposibles de cumplir.

Capítulo 7

Nunca se acostumbraría a tenerla allí, cada mañana, como un premio de una lotería a la que no había jugado.

Verla llegar y dar los buenos días, siempre tacaña con sus sonrisas, pero con un brillo en los ojos oscuros que cada día parecía más acentuado. Fingía leer, para no mirarla embobado, pero de reojo la observaba quitarse el abrigo y los guantes, tocarse con gesto coqueto la melena severamente recogida y mirar a su alrededor, contemplando la tarea ya avanzada y decidiendo por dónde continuarla.

En una esquina le había hecho poner una mesita, para que trabajase en ella cómodamente, y allí se dirigió, dispuesta a poner orden en sus libros de contabilidad. La montaña de facturas atrasadas sin asentar lo hizo sentirse culpable.

—Tengo una buena noticia para usted —dijo, de repente, y ella se volvió, entre sorprendida y curiosa—. He estado hablando con algunos buenos amigos aficionados a la ópera, ya sabe que no es usted la única interesada por el *bel canto* en la ciudad.

—Me consta —respondió Blanca, expectante, acercándose hasta que sus faldas rozaron el escritorio de Carlos.

—Pero tal vez se sorprendería de saber cuánto interés, pasión incluso, levanta su tenor, el gran Gayarre. Tanta como para que se haya formado una comisión de aficionados a la ópera, dispuestos a traerlo a La Coruña.

—¿Para cantar?

—No, para hacer turismo —se puso en pie con una sonrisa, rodeando la mesa para acercarse a Blanca—. Para cantar, por supuesto, disculpe la broma.

—Hoy le disculparía cualquier cosa. Qué gran noticia.

La vio extender la mano derecha y posarla sobre su antebrazo, donde la dejó, como una paloma que hubiera llegado a su nido. Esta vez sí, la sonrisa que le ofreció le iluminaba todo el rostro y alejaba hasta el último rastro de pesadumbre.

—Dígame, ¿qué obra le gustaría que interpretase? —carraspeó un poco, abrumado por su respuesta—. Ya sabe que el propio Wagner le felicitó tras escucharle cantar *Lohengrin*.

—El año pasado tuvo un gran éxito en el Teatro Real de Madrid, cantando *Lucía de Lamermoor* con Adelina Patti.

—Si esa es su respuesta, entonces tendremos que traer también a la Patti.

Se atrevió a extender su mano y posarla sobre la de ella. Era la primera vez que tocaba su piel, tan suave como la imaginaba. Pensaba darle una palmadita paternal y volver a su trabajo. Se descubrió, sin embargo, acariciando con el dedo índice el borde de la muñeca, que apenas asomaba bajo la cerrada manga del vestido.

—No sé por qué es usted tan bueno conmigo —dijo Blanca, mirándolo a los ojos con valentía.

—Yo también soy aficionado a la ópera —logró responder, concentrado en la mano, bajo la

suya, cada vez más caliente.

—No es solo eso. Ya sabe a lo que me refiero.

Carlos hizo un esfuerzo por seguir su razonamiento. Pero ella estaba demasiado cerca, sus faldas le rozaban el pantalón y sus sentidos eran asaltados por su aroma de flores frescas.

—No... No me había dado cuenta de cuánto necesitaba un ayudante hasta que usted me lo propuso.

—Me alegro de que no esté arrepentido de tenerme aquí.

Carlos se preguntó cómo ella conseguía mantenerse tan tranquila cuando él sentía el corazón a punto de salirse del pecho. Todo su cuerpo reaccionaba a su cercanía, como no lo había hecho nunca antes con ninguna mujer.

Y entonces la vio abrir la boca y soltar suavemente el aire contenido. Su labio inferior, tan hermoso, tembló ligeramente, delatándola.

—Ilumina usted esta triste oficina con su presencia —se atrevió a decir, aunque hubiera querido decirle mil cosas más, llenarla de halagos extravagantes y de promesas de futuro, para que nunca dudase de lo feliz que le hacía tenerla a su lado, aunque solo fueran unas pocas horas al día.

—Debería ponerme a trabajar, esas facturas no se van a asentar solas.

En el pasillo se oían voces y pasos que parecían acercarse. La vio girar la cabeza, nerviosa, preocupada de que alguien entrara y los descubriera en aquel momento tan íntimo. No le quedó más remedio que soltar su mano y dejar que se alejara. Observó su espalda delgada mientras separaba la silla para sentarse tras el escritorio, y fue él esta vez el que suspiró.

Cuando, mucho rato después, Aldrey entró en el despacho para anunciar que era la hora de salir hacia el Ayuntamiento, se dio cuenta de que llevaba todo aquel tiempo mirando el mismo papel y no tenía ni idea de lo que era ni para qué servía.

Se reprochó a sí mismo su comportamiento tan impropio, ya ni se reconocía. Y entonces Blanca lo miró, con aquellos ojos casi negros, tan serenos, y comprendió que aquello no tenía remedio. Las leyendas hablaban de ninfas, hechiceras, sirenas que seducían a los hombres. Ahora por fin comprendía que existían mujeres de carne y hueso que daban vida a esas leyendas.

Con cada paso que la alejaba de la redacción de *El eco de la provincia*, Blanca se iba despojando de la mezcla de serenidad y excitación que le producía su nuevo empleo. Serenidad porque le gustaba lo que hacía; sus tareas, no muy complicadas, entretenían sus manos y su mente, siempre inquieta. Excitación por trabajar la mayor parte del tiempo en compañía de Carlos Figueroa. Temía estar cayendo en un absurdo enamoramiento infantil, provocado en parte por la admiración que le tenía como profesional, pero sobre todo por la fascinación que sentía por su persona.

Nunca había conocido a un hombre así, aunque reconocía para sus adentros que su trato con el mundo masculino era mínimo. Toda su vida social se reducía a algún breve paseo con su amiga de siempre, Inés, y el pequeño círculo que se había creado en torno a Mercedes Montenegro, en los meses que residió en La Coruña. Blanca no asistía a fiestas ni veladas, a tertulias ni teatros. Nunca había tenido un pretendiente y, aunque era cierto que despertaba más de una mirada de admiración en la calle, incluso algún piropo descarado, sus circunstancias familiares y económicas no animaban precisamente a cortejarla.

Reconocía que envidiaba el trato de Carlos con su hija Gloria. No solo había cariño entre

ellos, se notaba también confianza y respeto. Se preguntó a sí misma mientras se adentraba por la calle Real si eso era lo que tanto le gustaba del periodista, si estaba buscando la figura paternal que echaba en falta en su vida.

Inquieta, cruzó las manos sobre la cintura, frotándose la derecha con la izquierda. Recordó el tacto del brazo de Carlos bajo su palma, la calidez de su piel traspasaba las capas de tela que los separaban. Y luego... Luego, él había posado su propia mano sobre la de ella, acariciándola con las yemas de los dedos. Blanca había sentido una especie de fuego que subía por su muñeca, se adentraba en su brazo, y subía y subía, incendiando su piel sin tregua. Temía haberse sonrojado, ella que nunca antes había sido dada a rubores virginales. Tuvo que alejarse de él, interrumpir aquel momento íntimo, a su pesar, para evitar ponerse en evidencia.

No, no era un sentimiento filial el que le inspiraba Carlos Figueroa. Antes bien, estaba despertando en ella a la mujer que llevaba dentro, oculta bajo las capas de hija abnegada y responsable. Y le gustaba aquel despertar.

Cruzó la Plaza del Derribo, saludando brevemente a unos vecinos, que la miraron intrigados y, estaba segura, se quedaron cuchicheando a sus espaldas. Llegando a su calle, donde todos se conocían, supuso que más de uno estaba tomando nota de sus salidas matinales y se preguntaría qué la mantenía alejada de su casa durante tantas horas cada día.

Bueno, no tenía que rendir cuentas a nadie. Había conseguido un empleo decente que ayudaba a mejorar la comida que ponía sobre la mesa, aunque algunos pensarán que una mujer no debía tener más oficio que las labores de su hogar. Y su padre, la única persona que podía prohibírsele, aquellos días estaba totalmente abstraído, inmerso en su pena inagotable, incapaz de atender a ninguna otra cosa que no fuera el dolor de su corazón.

Solo al entrar en la casa se dio cuenta de que aquel era el día exacto, el aniversario del fallecimiento de su madre. Buscó, sin esperanza, a su padre por las pocas estancias de la casa. No había ni rastro de él. Rezó por que estuviera dando alguno de sus largos paseos por la costa, y no depositando los restos de su roto corazón una vez más en el cementerio. Los años pasados, que lograban acallar el dolor natural que Blanca sentía por la pérdida de quien tanto amaba, no hacían el mismo efecto en el viudo, que parecía cada año más incapaz de sobrevivir a aquella fecha señalada.

Blanca hizo una comida sencilla, con la ayuda de la muchacha, que poco a poco iba aprendiendo sus labores. Era una pobre huérfana que trabajaba a cambio de comida, ropa y un jergón en la esquina de la cocina. Cuando sentía tentaciones de lamentarse por su triste vida, solo tenía que mirar a aquella pobre niña para comprender que el mundo estaba lleno de miseria y suerte tenía de tener aún a su padre, comida en la mesa y un techo bajo el que cobijarse.

La tarde pasó lenta y aburrida, solo interrumpida por algún sobresalto cuando creía escuchar pasos ante la puerta. Se hizo de noche sin que su padre apareciera, no era la primera vez que dormía en el cementerio en aquellas fechas. En ocasiones, acompañada de su tía Angustias, habían tratado de hacerle entrar en razón y que volviese a casa, sin resultado. Teniendo en cuenta que no llovía y el tiempo era cálido y apacible, Blanca decidió no perder el tiempo y el resuello caminando hasta el cementerio de San Amaro para nada.

Durmió un sueño inquieto, y en algún momento de la noche le pareció escuchar la puerta y pasos en el pasillo. El agotamiento y la inquietud la vencieron y fue incapaz de levantarse a comprobar si era su padre el que entraba, y en qué estado.

De madrugada, un sueño feliz vino a consolarla. Se veía a sí misma sentada en el Teatro Principal. En el escenario, Gayarre vestía la reluciente armadura de *Lohengrin*, y a su lado,

tomándole la mano con ternura, se sentaba Carlos Figueroa.

Capítulo 8

Carlos Figueroa extrajo de su chaleco el reloj de bolsillo y consultó la hora por enésima vez en los últimos veinte minutos. Sabía que entraba dentro de lo razonable que su médico se retrasase, siempre había que atender alguna urgencia más importante que un simple control rutinario a un buen amigo, al que encima hacía el favor de visitar en su propia oficina. Aun así, el periodista era un hombre impaciente, siempre muy ocupado, al que la pérdida de veinte minutos a aquellas horas tempranas de la mañana exasperaba hasta lo indecible.

Dos golpes secos en la puerta anunciaron la llegada de Basilio Castro, que se adentró en el despacho con su maletín negro en la mano izquierda mientras ofrecía la derecha a Figueroa, que se la estrechó con gesto comprensivo al ver el apuro que traía el médico.

—Lo siento, Carlos, me temo que estoy teniendo una mañana de locos. Me avisaron al amanecer por una urgencia, y al fin al pobre desgraciado le hacían más falta los servicios de un sacerdote que los míos.

—¿Un difunto de buena mañana? No te envidio el desayuno, amigo.

El periodista se deshizo del chaleco y se subió la manga de la camisa para que el doctor pudiera tomarle el pulso. Intercambiaron algunas preguntas y respuestas sobre posibles malestares y correcta alimentación, hasta que Castro se dio por satisfecho con su paciente.

—Como médico recomiendo este tipo de revisiones, ya lo sabes, pero también te digo que no tengo un paciente más sano que tú.

—No queda más remedio que seguir con esta charada, al menos mientras le dé gusto a Gloria —Carlos sonrió al médico, que ya recogía su instrumental, mirando su reloj con el gesto de quien sabe que ya no puede remediar llegar tarde a todas sus citas.

Tiempo atrás, en un periodo de elecciones particularmente movido, tras casi cuarenta y ocho horas sin dormir, el periodista había sufrido un desvanecimiento que había preocupado terriblemente a su hija, y desde entonces se sometía voluntariamente a aquellos reconocimientos que tanto él como Basilio Castro sabían que no precisaba en absoluto.

—Suerte tienes de que se preocupe tanto por ti. No tuvo tanta el pobre difunto, ni su desgraciada hija, tantos años cuidándole para esto...

—¿Algo reseñable en ese incidente? —el periodista enarcó las cejas, convencido de que el médico tenía algún dato interesante que darle, quizá una noticia para su diario.

—Nada que se pueda comentar en voz alta, y mucho menos publicar —Castro inclinó la cabeza, apesadumbrado, bajando el tono de su voz para hacer una confidencia—. Yo mismo le receté ese tónico de láudano para dormir, y me aseguré de que tanto el enfermo como los que lo cuidaban estuvieran al corriente de los peligros de excederse en la dosis. Ya nunca sabremos si fue voluntario o un accidente. Pero teniendo en cuenta lo mucho que había empeorado en sus delirios...

Carlos Figueroa asintió lentamente, comprendiendo lo que el médico quería decirle. Qué desgracia, por Dios, y decía que tenía una hija que le cuidaba, quizá una jovencita como Gloria,

que ahora se quedaba sola en el mundo y desamparada.

—¿Has dicho que se llamaba...?

—Arturo Fontela.

—¿Y su hija?

—Blanca. ¿Los conoces?

—¿Arturo Fontela, el poeta?

—El mismo.

Carlos no supo qué palabras dijo para despedir al médico, pero su cara debía ser bastante expresiva, porque Gloria se levantó asustada cuando lo vio entrar en su despacho, reclamándola. Apenas le dio tiempo a digerir la noticia y ya salían juntos de la redacción, caminando apresurados por la plaza, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

Aquello no podía estar pasando. A ratos sentía que la cabeza se le iba y tenía que agarrarse fuerte de la silla en la que estaba sentada, los nudillos blancos contra el asiento oscuro, para no caer al suelo.

A su alrededor escuchaba voces, muchas, pero allá a lo lejos, como cuando tienes los oídos taponados. Sabía que Inés estaba allí, y su cuñada Virtudes, que vivía en la casa de enfrente y había sido una de las primeras en enterarse. Los vecinos habían ido llegando a poco, sobre todo mujeres, le dedicaban palabras de pésame y lamentos interminables que Blanca hubiese querido acallar con un grito. Ponerse en pie y gritar, gritar hasta quedarse sin aliento. Echarlos a todos de allí y quedarse sola, sola como iba a estar a partir de aquel momento, sola para siempre. Pero entonces Inés se acercaba, y le ponía una mano en el hombro, y otra en la frente, y lograba que la marea roja que nublaba su visión se alejase por unos momentos.

—La botella estaba casi llena. No debí dejarla sobre su mesilla —le susurró a su amiga, que la acalló con un abrazo.

—Olvida esa botella, ha sido un error, una desgracia. Lo ha dicho don Basilio y no hay nada más que hablar.

—Pero Inés...

—¿Es que no quieres que entierren a tu padre en sagrado?

Blanca se mordió el labio y volvió a agarrarse de la silla, notando el vahído que amenazaba con tumbarla por fin. No, eso no. La Iglesia no admitía a los suicidas, pecado mortal. Si se llegaba a descubrir, su padre sería enterrado en un rincón oscuro del cementerio, sin bendiciones, abandonado a su suerte, camino del Infierno. Tenía que callar, el médico ya lo había hecho y nadie diría lo contrario. Tenía que morderse las ganas de gritar, de volver al dormitorio e increpar al cadáver frío que yacía sobre su cama por haberle hecho aquello, después de todos los sufrimientos que le había dado en vida, a ella y a su madre, aquella última afrenta.

—Inés —extendió la mano para tomar la de su amiga, la única que lograba aliviar su dolor.

—No pienses más en eso. El pobre estaba muy mal, seguramente no se dio cuenta de lo que hacía.

Eso era. Inés tenía las respuestas. Solo había sido un accidente. Pero cuando ella salió de la cocina, acudiendo al llamado de su cuñada Virtudes que quería hacerle alguna pregunta sobre el funeral, la marea roja volvió para nublar la vista de Blanca.

Y de nuevo unos brazos amigos que la envolvían, con palabras dulces y amables, no con lamentos de vieja sollozante. Gloria estaba allí también, no sabía si acababa de llegar o si llevaba

ya rato en la casa, pero qué bien le hacía su presencia.

—Hemos venido en cuanto nos hemos enterado.

Hablaba en plural. Blanca abrió los ojos, luchando contra las brumas que la envolvían, y fijó la vista en el hombre parado en el medio de la cocina, casi fuera de lugar entre mujeres que se afanaban en ordenar, limpiar y cocinar, como si en aquella casa fuera a celebrarse un banquete, una extraña fiesta macabra.

Con el apoyo de Gloria, logró ponerse en pie y dio dos pasos hacia Carlos Figueroa que le extendió su mano con gesto contenido. Blanca la tomó y entonces las rodillas le fallaron y cayó contra su pecho, donde, por fin, rompió a llorar con sollozos desgarradores.

Le dolió tener que dejarla allí, tan abatida y frágil como nunca la hubiera imaginado. Gloria prometió quedarse todo el día, y también tenía otra amiga, Inés se llamaba, que no la dejaba ni un minuto sola. Mejor ellas que el grupito de vecinas que se había formado, murmurando en corrillos, curioseando por la casa y mirándolo de arriba abajo, el único hombre presente, haciendo sabía Dios qué suposiciones.

Solo le faltaba un escándalo y ser presa de la maledicencia popular. Por eso prefirió marcharse, tenía trabajo que no podía abandonar todo el día, un periódico no se publica solo. Esperaba con su ausencia acallar a aquellas criticonas, y darle a Blanca un respiro.

El día se le hizo largo y monótono. Las mismas tareas de costumbre, perseguir el escándalo político del momento, un pequeño robo en un establecimiento del centro y una noticia en *El Imparcial* sobre un sargento retirado de carabineros, que se había suicidado de un tiro en el cementerio de San Lorenzo, Madrid, incapaz de superar la muerte de su hijo de trece años. Esto le hizo recordar las palabras de su médico, y la posibilidad de que Arturo Fontela hubiese puesto fin a su vida voluntariamente.

De todos era conocido que su locura se había desatado con la muerte de su esposa, tantos años atrás. Si antes era un genio, excéntrico y de carácter voluble, algo que se consiente e incluso se alienta entre las élites culturales, tras aquella pérdida vivió una etapa de absoluto descontrol, que lo llevó a ser expulsado y rechazado por aquellos que antes aplaudían sus extravagancias y que desde entonces lo tachaban de lunático.

Carlos no había podido evitar mirar a su alrededor, curioseando como las vecinas cotillas, pero en su caso con un sano interés por conocer el hogar en el que Blanca se había criado.

Se notaba que habían vivido tiempos mejores. Quedaban algunos cuadros buenos, aunque casi había más vacíos en las paredes; faltaban alfombras y la única lámpara buena era la de la sala de recibir. No quiso imaginar a Blanca empeñando muebles y objetos personales para poder comer. Solo ahora comprendía lo valiente y decidida que había sido al pedirle empleo, y la admiraba por no perder la compostura y mantener su dignidad en condiciones casi insufribles.

Respiró hondo, alejando de sí los papeles en los que no podía concentrarse, y miró su reloj impaciente. Eran las siete de la tarde y, con su acostumbrada puntualidad, apareció Aldrey en su puerta.

—¿Nos vamos, don Carlos?

—Sí, sí, vamos.

Estiró las mangas de la camisa blanca, arreglándose los puños, y se puso la chaqueta. Con el sombrero en la mano, siguió a su empleado hasta la puerta y salieron a la calle. Fuera hacía una bonita tarde de finales de verano, sin viento y con una mezcla de aromas de los jardines de la

plaza y el salitre del mar que rodeaba la ciudad.

Aldrey caminaba un paso por delante de él, concentrado e impaciente. Antes le había pedido permiso para salir antes de su hora de la redacción y poder acercarse a darle el pésame a Blanca. Entonces habían convenido en ir juntos hasta su casa, en la calle Tabernas.

Hizo un esfuerzo por alejar de su mente a aquella que le robaba hasta el último pensamiento, y se concentró en su empleado. Francisco Moreira Aldrey, hijo del empresario más rico e importante de La Coruña, empeñado en ser un simple periodista de un periódico de provincias. Había demostrado carácter y tesón al enfrentarse a su padre para defender su elección, aunque la mayor parte del tiempo era un joven callado, tranquilo y algo tímido.

—Dígame, Aldrey —le preguntó, utilizando como de costumbre su segundo apellido—. ¿Qué se trae usted con mi hija?

Francisco se detuvo y volvió el rostro, un tanto pálido, como un niño pillado en falta.

—Don Carlos, yo... —tragó saliva con un movimiento tan brusco que se le marcó la nuez, arriba y abajo, por encima del cuello de la camisa, que de repente parecía ahogarlo—. Yo le aseguro que mis intenciones son del todo honradas.

Carlos estuvo a punto de echarse a reír por el apuro del joven, pero decidió que no era el momento. Todos sabían que era un hombre de buen carácter y jovial, pero había ocasiones en que uno tenía que ser ante todo un padre y poner las cosas claras en cuanto a su hija.

—Eso lo doy por supuesto, Francisco, si no no permitiría que pasara usted tanto tiempo con Gloria.

Lo dejó sufrir un poco, notando que su palidez inicial se convertía en un violento rubor que le encendía el rostro.

—No traicionaré su confianza, don Carlos.

Lo miró con aquellos ojos profundos y sinceros, olvidando su timidez natural, diciéndole en silencio todas las palabras que no se atrevía a pronunciar en voz alta. Carlos vio entonces en él un hombre de palabra, y se alegró de aquel equívoco que los había obligado a una charla que llevaba tiempo posponiendo. Decidió que ya era suficiente, y volvió a la pregunta que quería hacerle al principio.

—Y ahora, dígame, ¿qué es lo que se traen usted y mi hija con esas visitas a la Fábrica de Tabacos?

Francisco entreabrió la boca, desconcertado, pero volvió a cerrarla, amagando una sonrisa pesarosa.

El resto del camino hasta la casa de Blanca, ya solo se habló de trabajo.

La casa estaba algo más vacía ahora. Muchas de las mujeres se habían marchado para preparar la cena en sus hogares y algunos hombres las reemplazaban en el velatorio. Inés seguía allí, inamovible a su lado, y con ella su hermano, pendiente de las dos, atento a cada uno de sus deseos y necesidades. Gloria iba y venía, incapaz de estarse quieta en una silla, ayudaba en la cocina a lavar tazas y cucharillas, a preparar más café o chocolate. Suerte que los vecinos habían traído provisiones, porque en la casa no había suficiente para atender aquella situación inesperada.

Los empleados de la funeraria habían hecho su trabajo y ahora la sala la presidía un ataúd humilde, el único que Blanca podía permitirse pagar, y para ello se vería en la necesidad de volver a empeñar las joyas de su madre, rescatadas no hacía mucho gracias a sus ingresos de *El*

eco.

Blanca levantó el rostro, por momentos más demacrado, para ver llegar a Carlos Figueroa acompañado de Francisco. Su amigo de la infancia se acercó y ella se puso en pie, tambaleante, para saludarlo. Terminaron fundidos en un estrecho abrazo que provocó miradas y murmullos entre sus vecinos. Todos conocían al hijo del dueño de Industrias Moreira.

—Siento no haber podido venir antes.

—No importa... El periódico...

Le costaba hilar una frase coherente. Ella, que nunca estaba enferma, sufría desde hacía más de una hora una terrible jaqueca que le hacía palpar las sienas, como si un gigante le estrujase el cráneo entre sus manos enormes.

—Parece agotada.

Carlos se acercó y ella le tendió la mano, intentando parecer más serena que aquella mañana, cuando se había derrumbado entre sus brazos.

—No se preocupe, puedo soportarlo.

—Deberías descansar.

Inés y Gloria se acercaron, y entre todos trataron de convencerla para que procurase dormir un poco.

—No podría... La casa está llena y ahora aún llegarán más personas, para el velatorio.

—No está usted en condiciones de pasar toda la noche en pie —decidió Carlos, y ella no tuvo fuerzas para contradecirlo—. Es cierto que aquí no podría descansar, así que lo mejor es que se vaya con Gloria a nuestra casa. Francisco las acompañará.

—Pero qué van a decir los vecinos...

Carlos le tomó la mano que ella agitaba, nerviosa, y le acarició los nudillos con el pulgar.

—Mañana le espera otro día muy largo y muy duro.

Blanca asintió, aún tendría que pasar por la última prueba, el entierro.

—Váyase ahora y descanse. Francisco volverá después de acompañarlas y nos ocuparemos del velatorio.

—Mi hermano también se queda —añadió Inés—. Yo debo irme, mi madre me necesita.

Dejó que Inés la abrazase y la besase, murmurándole palabras de consuelo al oído. «No estás sola, tienes que ser fuerte, estaremos siempre contigo».

Después la vio irse, como veía todo desde que empezó la jaqueca, envuelto en una extraña neblina. Francisco le cogió la mano, esa mano que aún conservaba el calor de la de Carlos, y la enlazó con su brazo, esperando con paciencia que ella comenzase a caminar. Su querido amigo, tantos años sin verlo y ahora se convertía en uno de los pilares en los que apoyarse, cuando la marea amenazaba con arrastrarla. Hundió los dedos en la tela de su chaqueta, como una señal, y salieron seguidos por Gloria, por primera vez desde que la conocía, en absoluto silencio.

Ya en la casa, y tras despedirse de Francisco, Gloria la acompañó a un dormitorio pequeño y casi vacío, impersonal.

—Era la habitación de mi abuela, vivió con nosotros sus últimos años.

Blanca se sentó sobre la cama, con un suspiro. Afuera anochecía, y el aire fresco la había despejado en el breve camino desde su casa. Parecía mentira que vivieran tan cerca unos de otros, y que nunca antes su camino se hubiera cruzado con los de Gloria y su padre.

—No sé cómo voy a agradecerte...

Gloria la interrumpió, moviendo las manos con ese gesto nervioso suyo, tan impaciente.

—Ahora descansa, y si quieres algo me llamas, mi dormitorio está al lado.

—Ha sido una fortuna conocerte, amiga.

La vio titubear ante la puerta, volviéndose a mirarla con gesto cariñoso. Ninguna de las dos era muy dada a expresar sus sentimientos.

—Buenas noches, Blanca —dijo tan solo, asintiendo con la cabeza, y salió cerrando detrás de sí.

Blanca se dejó caer sobre la almohada y todo su cuerpo reaccionó agradecido ante la promesa de descanso. Incluso la jaqueca comenzaba a disiparse. Para no tener malos sueños, pensó en la amabilidad de Francisco, el hermano que nunca había tenido, en su queridísima Inés, siempre a su lado, y en Gloria y en Carlos... Dos luces que habían llegado para iluminar su oscura existencia.

El verano había quedado ya atrás, y sin embargo aquel día el cielo lucía de un azul intenso, los árboles se negaban a dejar caer sus hojas que comenzaban a amarillear y la brisa marina, aunque fresca, resultaba de agradecer.

Todo era hermoso en aquella mañana de sábado, pensó Carlos, demasiado para la tarea que tenían que acometer. Se había ofrecido, junto con Francisco y dos vecinos de Blanca, para llevar el ataúd hasta la fosa que le aguardaba. El enterrador, un hombre sucio y sin dientes, esperaba paciente a un lado, sujetando la pala con la que había abierto aquel hoyo oscuro y húmedo en la tierra fértil del cementerio. El sacerdote rezó los últimos responsos, salpicando de agua bendita la caja, y por fin les permitió depositarla en su lugar de descanso eterno.

Cuando terminaron la tarea, se volvió para buscar a Blanca, ansioso por comprobar cómo se sentía. La vio apretar la boca, hasta formar una pálida línea blanca; los ojos secos, ausentes. Inés la sujetaba fuerte entre sus brazos, como si temiera que fuera a desmayarse en cualquier momento. Al otro lado, Gloria tampoco se separaba de ella. Se habían convertido en sus dos pilares, y Carlos se avergonzó al reconocerse envidioso. Quería ser él quien la estrechara contra su pecho, calmara sus penas con besos y caricias y le prometiera al oído que nunca, nunca más permitiría que nadie le hiciera daño.

Los vecinos comenzaban a despedirse, acercándose en fila para darle el último pésame. Blanca lo soportó con bastante serenidad, aunque con la vista perdida más allá del cementerio, en el mar inmenso que parecía comenzar tras sus muros.

Dando por terminada la ceremonia, el enterrador comenzó a palear tierra sobre el ataúd. Blanca se tapó la boca con su pañuelo, conteniendo un gemido. Inés y Gloria trataron de hacerla caminar, de obligarla a abandonar el camposanto, pero ella se resistía.

Carlos se acercó. Se puso delante de las tres jóvenes, tapándoles la vista de la tumba, y tomó la mano de Blanca, obligándola a mirarlo a los ojos.

—Vámonos ya. Vamos a casa.

Ella parpadeó, intentando despejar la neblina que ensombrecía sus ojos. Carlos le apretó más la mano, transmitiéndole su calor, y logrando que reaccionara. Cuando aceptó con la cabeza, con Inés y Gloria sin despegarse de su lado, inició la marcha para salir del cementerio. No volvió la vista atrás en ningún momento.

Capítulo 9

Blanca entró en el comedor como todas las mañanas, a las siete en punto. Gloria aún dormiría otra hora más, hasta que la doncella subiera a despertarla con una taza de café. En los días que llevaba alojada en casa de los Figueroa, había descubierto que su inquieta amiga, que a lo largo del día era un auténtica fuerza de la naturaleza, incapaz de estarse quieta unos minutos, al amanecer era poco menos que una sombra que no lograba ponerse en marcha hasta después de haberse aseado y vestido y, sobre todo, desayunado con abundante café. Aún así, en las mañanas permanecía casi en estado de trance hasta que llegaba a la redacción.

—Buenos días, don Carlos.

El periodista murmuró una respuesta cortés, sin levantar la vista del diario que tenía en las manos. Blanca no sabía exactamente a qué hora se levantaba, pero sí que no salía de casa hasta leer todo lo que publicaba la competencia.

Recordó la discusión de días atrás, después del entierro. Inés se empeñaba en que no podía quedarse sola en la casa, sin ningún familiar que la acompañara ni le ayudara a superar su pérdida. Gloria propuso desde el primer momento que se quedara en su casa, puesto que ya había pasado allí la noche. Blanca se negaba, incapaz de aceptar tanta generosidad. Francisco e Inés estuvieron de acuerdo con aquella idea, puesto que ninguno de los dos podía ofrecerle sitio en sus casas. Trató de resistirse, alegando la incomodidad que les causaría, pero Carlos zanjó la cuestión pidiendo a Gloria e Inés que le preparasen todo lo necesario para pasar unos días en su casa.

La doncella le sirvió café con leche y le puso delante una bandeja con bizcocho recién hecho. Preocupada aún por lo que había estado meditando aquella noche, y que casi no la había dejado dormir, Blanca revolvió el azúcar de su taza, con tanta fuerza que volcó parte del líquido en el platillo, salpicando incluso el impecable mantel, lo que le hizo merecedora de una mirada reprobadora de la doncella que ya se retiraba hacia la cocina.

Eran pequeños detalles como aquel los que hacían que no lograra sentirse cómoda en la casa. Gloria era encantadora y la trataba como a una hermana, y Carlos, bueno, la mayor parte del tiempo parecía ignorarla, aunque algunas veces lo había descubierto observándola pensativo. Sabía que escuchaba con atención cuando hablaba con Gloria, sobre todo si trataban temas de la revista u otras noticias de actualidad, pero pocas veces participaba en sus conversaciones. Y, aunque Blanca no se lo explicaba, ese era uno de los motivos por los que ella había comenzado a interesarse, casi demasiado, en la vida del periodista.

Sabía que su esposa, la madre de Gloria, había muerto muchos años atrás. Que había sido su gran amor de juventud y que apenas tenía veinte años cuando la llevó al altar, y veintiuno cuando lo hizo padre. Sumando los años que tenía su hija, resultaba que a Carlos Figueroa aún le faltaban un par para cumplir cuarenta. A Blanca se le antojaba que parecía bastante más joven. Era un hombre delgado, fibroso, a lo que contribuía su escaso apetito y las largas caminatas que daba a diario, tanto por trabajo como por placer. En cuanto a su carácter, era silencioso, reflexivo, despreocupado de las cosas de la casa, que dejaba en manos de su hija y el servicio, y dedicado a

su oficio de periodista las veinticuatro horas del día.

—¿No está bueno ese café? —le preguntó de repente, sorprendiéndola.

—Sí, sí, yo... estaba distraída.

Blanca se apresuró a tomar un sorbo de la bebida demasiado caliente aún, que le quemó la punta de la lengua. Ahogó una exclamación y, consciente de que Carlos no dejaba de mirarla extrañado, se apresuró a cortar un trozo de bizcocho. Las manos comenzaron a temblarle de repente y el cuchillo le resbaló entre los dedos, cortándola ligeramente en el dorso de la mano izquierda.

—Está sangrando —Figuroa se puso en pie rápidamente, tomando una servilleta limpia para secarle la pequeña herida, oprimiendo un poco hasta detener la hemorragia.

—Soy muy torpe.

—No, no lo es. No sé en qué estará pensando esta mañana, pero debe ser algo importante.

Blanca trató de esquivar una mirada demasiado inquisitiva, temerosa de que pudiera descubrir todas las dudas y preocupaciones que la atenazaban. Carlos seguía allí, de pie ante ella, sujetando su mano herida, olvidado por una vez de la prensa y de cualquier otra cosa que no fuera descubrir lo que ella estaba pensando.

—Llevo demasiados días abusando de su hospitalidad...

—No quiero ni oír hablar de eso.

—He recibido carta de mi tía Angustias, sigue enferma y me pide que acuda a su lado. Mañana parto para el pueblo. Allí está mi casa ahora.

Carlos soltó su mano y le dio la espalda, disgustado. Se había acostumbrado demasiado a su compañía. Tenía el raro don de hablar solo cuando debía y de respetar su silencio cuando estaba ocupado en sus cosas. Veía que era una buena amiga con su hija, y que se entendían como hermanas. Por eso y por otros motivos que aún no lograba confesarse ni a sí mismo, no podía permitir que les dejase. Además, dudaba de la realidad de esa enfermedad que su tía alegaba para no acudir al entierro de su hermano ni ocuparse de su sobrina huérfana. Se temía que fuera una especie de chantaje emocional, para obligarla a plegarse a sus deseos.

—¿Le gustará vivir en ese pueblo?

—Me acostumbraré.

—¿Y su tía? ¿Es amable y cariñosa con usted? ¿Es buena compañía?

Blanca guardó silencio, pensando en las cosas buenas que podría decir de su tía sin mentir ni exagerar. No era precisamente una persona maternal, ni dada a demostraciones cariñosas, pero la había cuidado y atendido, y también a su padre, desde la muerte de su madre. Ciertamente es que por último no pudo soportar la enfermedad de aquel, y por eso huyó al pueblo antes de la desgracia, pero Blanca no podía culparla por ello.

—Allí viven una prima y sus hijos, en la casa que fue de mis abuelos. Junto con la tía Angustias, es toda la familia que me queda —dijo por fin, y era lo más sincero que podía afirmar.

—Nos tiene a nosotros. Déjenos ser su familia. Usted y Gloria bien podrían ser hermanas, deben de tener la misma edad...

—No me halague, don Carlos, sabe bien que tengo varios años más que Gloria, aunque la ridícula coquetería me obligue a no confesar cuántos exactamente.

—No parece mucho mayor.

Carlos se volvió para mirarla, cruzándose de brazos mientras apoyaba las caderas contra el aparador. Saber que no era tan joven con su hija aliviaba un poco su conciencia y, en realidad, sí lo parecía. Había dicho aquella frase por cortesía, pero desde el momento que la conoció, vio en

ella una mujer madura, fuerte y segura de sí misma, alejada de locuras y fantasías juveniles.

—Han sido ustedes muy amables.

—Pero prefiere irse con sus tías, lejos de la ciudad que conoce, de sus amigos y de todo lo que la ha rodeado desde que nació.

Notó con alivio que titubeaba. Sabía que la suya no era una situación normal. Como viudo, ni siquiera estaba bien visto que mantuviera en su casa a una joven soltera a la que no le unía ningún parentesco. Solo la presencia de su hija lograba acallar las habladurías.

—No, no prefiero irme y dejar todo esto —Blanca hizo un gesto vago con la mano a su alrededor, mientras su mirada, dubitativa, se posaba en Carlos, que se la sostuvo con un gesto que la animaba a sincerarse—. Ya sabe la situación en la que me ha dejado mi padre. Mi herencia apenas cubre las deudas, no tengo de qué vivir ni más hogar que el que mis parientes me ofrecen.

—¿Qué hará entonces allí? ¿Plantará patatas y legumbres? ¿Criará cerdos y conejos?

—Si es lo que me queda para poder poner un plato sobre la mesa todos los días...

—No puedo permitirlo.

—No está en su mano cambiar mi destino. No soy su responsabilidad.

—¿Y si yo deseara que lo fuera?

Carlos se acercó, tomándole de nuevo la mano herida. No sabía lo que iba a decir hasta que las palabras salieron de su boca. Deseaba no haber llegado a aquel extremo, temía estar haciendo el ridículo. Por un momento estuvo seguro de que ella lo rechazaría con una carcajada, que se burlaría de sus intenciones. Y sin embargo Blanca lo miraba, serena, conteniendo apenas el aliento, expectante.

—Ya sé que soy demasiado mayor y probablemente no tengo ninguna de las cualidades que convertirían a un joven cualquiera en mejor pretendiente que yo...

Ninguno de los dos llegó a saber cómo acababa aquella frase. Por la puerta del comedor entró Gloria, frotándose los ojos cargados de sueño, quejándose de un perro callejero que ladraba bajo su ventana desde el amanecer, obligándola a abandonar el lecho antes de su hora acostumbrada.

—Tendré jaqueca todo el día por culpa de ese chuchito pulgoso —aseguró mientras se servía su primera taza de café, negro y sin azúcar, y la bebía con los ojos entornados. Esperó una respuesta que no llegó, y entonces logró centrar su vista y vio que su padre estaba parado delante de Blanca, que tenía una mano apoyada sobre el mantel, con un corte reciente en el dorso—. ¿Qué te ha pasado?

—Me ha atacado un cuchillo —bromeó la morena, forzando una sonrisa que logró devolver algo de color a sus mejillas.

—Deberíamos vendárselo —se ofreció Carlos, dando dos pasos atrás para alejarse de su invitada, consciente de que sus últimas palabras aún flotaban en el aire, entre ambos.

—Solo es un rasguño.

Gloria aceptó la palabra de su amiga, mientras se servía una segunda taza y se sentaba en la silla que antes había ocupado su padre, posando su mirada distraída sobre la portada del diario. Al momento vio captada su atención por los titulares, y su mente se alejó por completo del comedor, sin haber notado ni por un instante la tensión que flotaba en el ambiente.

—Tengo que irme ya, hoy tengo mucho trabajo.

—¿Tan pronto?

Carlos se inclinó hacia su hija, que lo miró apenas intrigada mientras la besaba en la frente y se despedía, apresurado, asegurando que luego la vería en la redacción.

Salió del comedor con paso ligero, deteniéndose en el vestíbulo el tiempo imprescindible para ponerse el sombrero. Ya en la calle seguía pensando en lo que había estado a punto de proponerle a Blanca y cómo la Providencia había detenido su declaración. Sin duda era una locura, ella era demasiado joven, bonita e inteligente, tres cualidades por las que muchos hombres mejores que él la cortejarían. ¿Por qué iba a escoger a uno que casi le doblaba la edad? Un viudo con una hija mayor, que trabajaba demasiado y apenas sabía lo que era divertirse. No, no iba a tener esa suerte. Durante muchos años había vivido libre, solo pendiente de Gloria y de sí mismo, y no había echado en falta la vida conyugal. No sabía qué lo había llevado a cambiar de idea a aquellas alturas.

Bueno, sí lo sabía. Nunca antes había conocido a otra mujer como Blanca Fontela. Pero, sin duda, no iba a tener tanta suerte de conservarla a su lado.

Capítulo 10

Blanca no se esperaba en absoluto la forma en que la recibieron cuando por fin llegó al pueblo. La prima Celsa, su hijo mayor, Domingo, y la tía Angustias eran todo el comité de bienvenida que la aguardaba cuando el agotador coche de viajeros se detuvo en la plaza, ante el crucero de piedra.

Celsa se acercó la primera, voceando una orden a su hijo para que recogiera el equipaje de su prima, y le dio un fuerte abrazo, murmurando entre dientes un pésame por el fallecimiento de su padre. No fue un abrazo cálido y acogedor, la mujer era demasiado recia y poco dada a muestras de cariño, en realidad Blanca se sintió como la estrechasen contra una pared de ladrillos. Aun así agradeció aquel gesto, tan distinto del de su tía, que solo se acercó para soplarle dos besos en las mejillas.

Domingo se mantuvo alejado, observando a las mujeres con gesto receloso. Blanca no olvidaba cuando la había puesto en un apuro en el establo, en el velatorio de su propio padre, y venía preparada para andarse con mucho cuidado de que no la encontrara a solas de nuevo.

La Casa Grande, como llamaban todos al hogar de los Fontela durante generaciones, era un edificio rectangular, de piedra, con tejado a dos aguas y balcones en el primer piso. En la gran cocina de la planta baja, la hija mayor de Celsa, Celsita, removía una gran olla de caldo puesta al fuego en la *lareira*^[2]. Blanca sabía que tenía cinco primos más, los supuso correteando por el pueblo, aprovechando que los días aún no eran muy fríos para estar ya a primeros de octubre. En la casa no parecía haber personas de servicio, a pesar de que por el tamaño y por la riqueza de la familia, de la que siempre tanto hablaba la tía Angustias, deberían poder permitírselo. Fue su propia tía la que la acompañó al piso de arriba, seguidas por Domingo que acarreaba sus maletas.

—Mira, una habitación para ti sola. Celsa se ha empeñado.

—No quiero causar molestias.

—No lo haces. Sabes que todos queríamos tenerte aquí.

Angustias le hizo un gesto a su sobrino para que dejara las maletas al lado de la cama, y Blanca pudo ver que le sonreía al decir esa última frase.

—Necesito descansar un poco —dijo. En realidad lo que necesitaba era soledad y silencio, para pensar en el futuro que la aguardaba en aquella casa.

—No tardes en bajar —le advirtió la tía—. Aquí cenamos temprano, que se madruga mucho.

Se fueron por fin y Angustias cerró la puerta al salir. Blanca se acercó a la ventana y tuvo que limpiar el cristal para poder mirar afuera. A un lado de la casa estaban las cuadras, el gallinero, y algunos árboles que sembraban el suelo de fruta podrida que picoteaban las gallinas. Al otro lado arrancaba el estrecho camino que partía el pequeño pueblo en dos. ¿Cuántas casas había contado? Apenas una decena apiñadas en torno a la iglesia y la pequeña taberna, que servía también de despacho de ultramarinos. Ese era el centro del pueblo, el resto, casas más o menos grandes que la de los Fontela, que se iban desparramando a lo lejos, cada una rodeada de sus tierras de labradío. A su espalda, el monte que los proveía de leña y caza. A su frente, el río en el que su

padre pescaba truchas de niño.

Nunca le había gustado el pueblo. Ella estaba acostumbrada al bullicio de la ciudad, a las calles empedradas y los comercios llenos de mercaderías, a los teatros y tertulias, a una ciudad viva, culta y cosmopolita. Y había venido a enterrarse en el lugar de sus peores pesadillas.

Se sentó en la cama y cerró los ojos, tratando de alejar la jaqueca que el cansancio le producía. Estuvo así un buen rato, hasta que el bullicio en la cocina, que el suelo de madera apenas acallaba, le indicó que era hora de bajar a cenar.

Los hijos de Celsa ya estaban sentados a la larga mesa de madera, alineados de mayor a menor. Sabía que Domingo tenía su edad, Celsita era dos años más joven, y a partir de ahí venían los otros cinco, el más pequeño tendría unos diez años. Las niñas la miraron con curiosidad, inspeccionando su vestido y su peinado. Los niños apenas levantaron la cabeza de su taza de caldo, que engullían con verdadero apetito. Solo Domingo, con sus ojos acosadores, la siguió con la vista hasta que ella se sentó en el extremo de la mesa, al lado de Angustias.

La prima Celsa era una mujer brusca, acostumbrada al trabajo duro, que apenas sabía hablar de otra cosa que no fuesen los *ferrados*^[3] de tierra dedicados a labradío, las vacas del establo o los buenos huevos que ponían sus gallinas. Se mostró amable con Blanca, a pesar de las obvias limitaciones de su educación y la poca costumbre de tratar con extraños.

—Aquí hay mucho trabajo siempre —le dijo, ofreciéndole un trozo de pan para mojar en su caldo—. Será mejor que guardes tus finos vestidos de ciudad, porque sería una pena echarlos a perder.

Blanca se volvió con una interrogación pintada en el rostro, hacia su tía Angustias, que comía en silencio, ignorándola.

—No sé si podré servir de mucha ayuda. Yo no sé nada de sembrados ni de animales...

—No te preocupes, esto se aprende pronto.

—Quizá sería de más utilidad en la casa —Blanca miró el desorden a su alrededor y la pila de tazas que los primos iban amontonando a un lado de la *lareira*.

—De eso ya se ocupa Celsita, total, no tenemos buenas vajillas ni plata que pulir.

Celsa rio entre dientes y su hija la acompañó, masticando un trozo de pan con la boca abierta.

—Yo... Trabajo para una revista de La Coruña, una vez al mes tengo que enviarles un artículo para su publicación.

Con eso logró por primera vez la atención de todos sus primos, que la miraban entre intrigados y boquiabiertos.

—¿Qué es un artículo? —preguntó una de las niñas.

—¿Qué es publi... publi-ca-ción? —quiso saber el más pequeño.

—Una revista es como un periódico, con noticias y reportajes, y también con ilustraciones —les dijo, y todos se volvieron a escuchar su explicación embobados, excepto Celsita y Domingo que la miraban recelosos—. La diferencia es que el periódico se publica todos los días, y la revista solo una vez al mes. Para el próximo número quiero escribir sobre doña Concepción Arenal y su labor como visitadora de cárceles.

—¿Sabes escribir? —preguntó otra de las niñas, la que llevaba su melena bien peinada y mostraba mejores modales en la mesa.

—¿Y leer? —añadió el pequeño.

—Sí, claro, y vosotros también lo aprenderéis en el colegio.

—Aquí no hay colegio —dijo Domingo con voz resonante, como queriendo terminar con la conversación.

Blanca lo miró con el ceño fruncido, molesta por sus modales. Él se puso en pie, arrojó la taza vacía a un lado de la *lareira*, y se sirvió más vino de la jarra de loza que casi había terminado durante la cena.

—¿Y quién les enseña?

—La señora María nos enseña a rezar y nos cuenta historias de la Biblia —dijo Celsita—. Bueno, a mí no, que ya soy mayor.

—¿Ninguno sabe leer ni escribir?

Se volvió hacia la prima Celsa, que le sonrió socarrona.

—Ni falta que les hace. Yo tampoco sé, y me casé con el hombre más rico del pueblo. A mis hijos nunca les faltará comida sobre la mesa, ni tendrán que andar descalzos por los caminos. Es más de lo que tienen muchos por aquí.

—Lo sé, pero...

—¿De qué sirve leer, dime? ¿Qué nos importa aquí en esta aldea lo que hacen y deshacen los políticos y reyes? ¿Para qué vamos a querer conocer las vidas de los que tienen mucho y no comparten con nadie? —levantó la taza y se bebió el último sorbo de caldo, antes de seguir hablando—. Aquí lo único que vale es saber cuándo plantar las patatas y cuándo el maíz. Ordeñar bien a una vaca y atenderla en el momento de parir. Poco más.

—El saber no ocupa lugar —aún insistió Blanca, revolviendo sin apetito el espeso líquido que se iba enfriando—. He traído algunos libros en el equipaje, en los ratos libres, por las tardes, os puedo leer un poco, a ver si os gusta.

Buscó alguna mirada cómplice entre sus jóvenes primos, pero estos ya se habían aburrido del tema y se dedicaban a desmigajar pan en sus tazas, rebañándolo a continuación con buen apetito.

—No tenemos muchos ratos libres aquí —le informó Celsa, poniéndose en pie y empezando a recoger la mesa, a pesar de que Blanca no había terminado la cena—. No pierdas el tiempo intentando enseñarles cosas que no necesitan, y aprende tú de ellos, que seguro que te va a hacer falta.

Blanca le entregó su taza, renunciando a seguir discutiendo. Sabía lo que le quería decir Celsa, aprender a trabajar la tierra y a cuidar los animales, eso era lo que le quedaba a partir de ahora; no podía vivir en aquella casa como una invitada perpetua. De repente le entró una añoranza tan grande de su hogar que sintió un dolor como de cuchillo afilado clavándose en su carne. Quería estar en su casa, con su padre, que le leyese sus poemas favoritos con su voz grave de barítono. Quería volver a pasear por las calles de La Coruña, acercarse a la redacción de *El eco*, ver a Gloria, a Francisco, a Carlos Figueroa... Cerró fuerte los ojos para no echarse a llorar, y cuando consiguió recuperarse de aquel momento de debilidad, descubrió que la tía Angustias la miraba con gesto severo.

—Se te ve cansada, deberías irte a dormir —le dijo, sin pizca de amabilidad en sus palabras.

—Sí, tía, tienes razón.

Se puso en pie, dando las buenas noches. Los niños ni le contestaron, solo las dos mujeres, Celsita que lavaba la loza con desidia, y Domingo, que la siguió con la vista mientras cruzaba la cocina y subía por las escaleras hasta el piso superior.

Por fin en su dormitorio, cerró la puerta a su espalda y se dejó caer sobre la cama, completamente abatida. Su mundo se derrumbaba a su alrededor, y el futuro que le esperaba era el menos halagüeño que podría haber imaginado. Tendría que ser muy fuerte en adelante, valorar en su justa medida su nueva vida, y olvidar que un día tuvo otra, más feliz y completa, y que incluso llegó a soñar con un futuro muy distinto al que ahora le aguardaba.

Carlos miraba con preocupación a su hija Gloria, que removía el plato de sopa que ya debía de estar frío y que ni siquiera había probado. Su cabeza, como muchas veces le ocurría, estaba muy lejos de aquel comedor, que a ambos se les antojaba ahora más frío y vacío que de costumbre.

—No dejo de pensar en Blanca —confesó por fin, soltando la cuchara—. Ahora estará en esa terrible casa de aldea, con las vacas en la cocina, comiendo los huevos que habrá tenido que ir a buscar al gallinero.

—No dejes que tu imaginación se desboque. Dijo que la casa de su prima era una buena casa, con establos para los animales.

—Sí, y seguro que después de cenar irán a la ópera en el teatro del pueblo.

Carlos frunció al ceño, mirando a su hija preocupado. ¿Acaso le estaba reprochando algo?

—Está con su familia, la única que le queda.

—Una tía que nunca le ha dado muestras de cariño y unos primos lejanos.

Gloria estaba empezando a levantar la voz. Realmente le preocupaba el destino de su amiga, y parecía creer que él tenía la culpa de la decisión que había tomado, o que debía haber evitado su partida. Conociendo el carácter incendiario de su hija, sabía que de poco le iba a servir quitarle importancia al asunto.

—Blanca es una mujer fuerte y segura de sí misma, inteligente y capaz. Sabrá adaptarse a las circunstancias.

La vio entrecerrar los ojos con gesto suspicaz. Repasó mentalmente sus palabras, intentando descubrir dónde se había equivocado, tanto como para provocarle esa media sonrisa de gato que se acaba de comer al ratón.

—Entonces, ya no piensas que es una criatura demasiado joven para que pierdas tu valioso tiempo con ella...

—¿Cuándo he dicho yo tal cosa?

Alargó la mano para tocar la campanilla y llamar a la criada.

—Cuando traté de convencerte de que la convirtieras en mi madrastra.

No llegó a tocar el pequeño instrumento de bronce. Su mano se detuvo en el aire, como si se hubiera olvidado de cuál era su cometido.

—Gloria...

—Dime que no la echas de menos.

Echarla de menos, si fuera algo tan sencillo. Echaba de menos incluso a su difunta esposa, a pesar de los años transcurridos y de que no había hecho su vida ni más cómoda ni más feliz, como soñaba al casarse tan joven. También echaba de menos a amigos que se habían marchado de la ciudad, o incluso a los que seguían allí, pero apenas tenía tiempo de visitar y estar en su compañía.

Pero la ausencia de Blanca era mucho más que eso. La imaginaba cada mañana llegando por la puerta de la redacción, como un soplo de aire primaveral, con sus movimientos pausados y elegantes, sus escasas sonrisas y su mirada profunda. Y en la casa aún era peor. Su perfume impregnaba las estancias, sobre una mesita de la sala estaba un libro de poemas que había estado hojeando, y en el comedor su silla vacía era como un reproche constante.

De nada servía entregarse a tanto sentimentalismo. Ella se había marchado sin mirar atrás, decidiendo su destino. A él solo le quedaba olvidarla.

—Se enfría la cena —dijo.

Su gesto debió de ser tan severo que Gloria no llegó a pronunciar las palabras que sin duda tenía ya preparadas. Carlos tocó por fin la campanilla y el resto de la cena transcurrió en un silencio pensativo.

Madrugar y vestirse tiritando, en aquella helada casa de piedra, ayudar en la cocina a Celsita a servir el desayuno a la extensa prole de su prima, y después la sorpresa del día, a cada cual más agradable. Aprender a ordeñar las vacas, a limpiar el gallinero, a recoger zanahorias y repollos... No se quejaba del trabajo duro ni quería mostrarse remilgada, pero a la noche caía rendida sobre la cama, preguntándose si el resto de su vida sería solo eso, labores del campo y tareas del hogar, viviendo con personas de poca conversación y absoluto desinterés por sus inquietudes culturales. En aquella casa no había con quien hablar de libros, de música, de sus artículos en *La dama ilustrada*, y ni siquiera se atrevía a mencionar el tiempo que había trabajado para Carlos Figueroa. A la tía Angustias sin duda le parecería escandaloso.

Había reservado sus dos mejores vestidos, para ir a misa al menos, el único momento de la semana en que se podía arreglar un poco. El resto comenzaba a acusar el tiempo pasado en las tierras de labor y en los establos. Había aprovechado sus dos faldas más viejas para convertirlas en unos amplios delantales, y así no tener que lavar a diario la ropa que se ponía, las telas no lo aguantarían, y el tiempo, cada vez más frío, no ayudaba a secarlas. Se avergonzaba ahora de haber mirado con gesto crítico las gastadas ropas de sus primos, era imposible tener buen aspecto en aquel lugar, trabajando de sol a sol. Incluso dudaba de que sus zapatos más fuertes aguantasen todo el invierno.

Con aquellas reflexiones le costaba cada noche más coger el sueño, a pesar de su agotamiento. Dio una vuelta en la cama, subiéndose las mantas hasta el cuello, y contuvo un suspiro de disgusto. De nada servía compadecerse de su situación, por más que pensaba no veía alternativa ni forma de volver a la ciudad. Sabía que Inés la alojaría en su casa todo el tiempo que hiciese falta, pero su hermano más joven aún vivía allí, y podía dar lugar a habladurías entre los vecinos. Y el salario que recibía de *El eco de la provincia*, el tiempo que trabajó como ayudante de Carlos Figueroa, apenas le daría ni para pagar una habitación en alquiler, y tendría que seguir comiendo y vistiéndose.

Completamente desvelada, se volvió boca arriba, con los ojos abiertos, aunque no podía ver nada, tal era la oscuridad del dormitorio. Echaba tanto de menos su vida anterior. Su casa, todos los objetos personales que no se había podido traer, sus libros, su queridísima Inés, hermana del alma, a Gloria y a Francisco, a Mercedes, y hasta a Marinita, la más cursi de sus conocidas, pero que no había faltado al entierro de su padre.

Echaba de menos incluso lo que pudo haber sido. Aquellas palabras que le había dicho Carlos en el desayuno, y que nunca concluyó por la interrupción de Gloria. Algo sobre que era demasiado mayor para ser su pretendiente. Tenía que haber hablado con él antes de marcharse, pero huyó como una cobarde, temiendo malinterpretar todas sus atenciones.

Y ahora estaba en aquel purgatorio, sufriendo su indecisión y su falta de arrojo para afrontar la difícil situación que le había tocado vivir.

Logró dormirse al fin, aunque no obtuvo el descanso que necesitaba. El canto del gallo la hizo levantarse, frotándose los ojos para alejar el sueño, con los movimientos lentos y pesados de quien no está despierto de todo.

En la cocina se le cayó una taza al suelo y tuvo que soportar un reproche de la prima Celsa. Cuando todos terminaron el frugal desayuno y le encargaron ocuparse del gallinero, salió presurosa, deseando alejarse de todos aquellos extraños hostiles con los que compartía casa.

En la huerta, con la ayuda de un viejo cuchillo oxidado, cortó unas hojas de repollo. Había descubierto ese pequeño truco, al entrar en el gallinero las ponía en el rincón más alejado, y mientras las gallinas corrían a picotear la verdura fresca, ella podía limpiar, recoger los huevos, y poner agua limpia y un poco de maíz en el comedero.

Tan concentrada estaba en su labor que no oyó entrar a Domingo, y casi dio un grito al volverse y encontrarlo allí, mirándola. Por suerte se había quedado en el hueco de la puerta, y no hizo ademán de acercarse.

—¿Ya no te dan miedo las gallinas? —le ofreció una sonrisa, la primera en muchos días, y ella se la devolvió sin poder evitarlo.

—He descubierto que ellas me tienen más miedo a mí que yo a ellas.

—A los animales hay que enseñarles quién manda.

Lo vio apoyarse en el quicio de la puerta, fumando tranquilamente un cigarro, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Blanca terminó su tarea, y se volvió con los huevos recogidos en el delantal, sujetando la tela como si fuera una cesta en su regazo. Se enfrentó a Domingo, que ocupaba la única salida, con la absurda idea de que su frágil recolecta la protegía de cualquiera fueran sus intenciones al seguirla hasta el gallinero.

—Tengo que...

—No te gusta nada estar aquí. No te gusta mi familia, ni la casa, ni mucho menos tener que trabajar tanto.

—Estoy muy agradecida a tu madre.

—La casa es mía. Todo esto es mío —tiró el cigarro al suelo y lo pisó con la punta de la bota sucia—. Lo heredé todo cuando mi padre murió.

Blanca sabía que no era del todo cierto lo que decía, la herencia debía repartirse entre los siete hermanos, pero ni se le ocurrió contradecirlo.

—Déjame pasar.

—No tienes por qué vivir así. Tenemos dinero para pagar peones que hagan las labores, y para tener criada en casa. Podías vivir como una señorita de ciudad, si tú quisieras.

Tampoco creyó aquellas palabras. Ciertamente tenían una casa grande y muchas tierras de labor, pero no rentaban tanto dinero como él quería darle a entender. Eran muchas bocas a comer, y muchos gastos mantener al ganado, además de los años que venían cosechas malas, que apenas compensaban por el gasto de plantarlas y recogerlas.

—Por muchas comodidades que me ofrezcas, esto nunca será una ciudad.

No pudo evitar soltar su lengua, lanzando una mirada de menosprecio hacia el triste cúmulo de casas que se veía por el hueco de la puerta.

—Eres una orgullosa y una remilgada, que solo sabe caminar por calles de piedra y nunca antes se había tenido que manchar las manos y sus bonitos vestidos con estiércol de animales.

—Tienes toda la razón. Y ahora, déjame pasar, antes de que se me rompan los huevos y encima tenga que oír a tu madre.

Domingo se hizo apenas a un lado, pero cuando ella ya cruzaba la puerta, la agarró por encima del codo, clavándole los dedos en el brazo.

—Tu tía Angustias quiere que me case contigo, pero no estoy muy seguro de que quiera una

esposa como tú. Tan lista para tus libros y tus revistas, y tan inútil para ganarse el pan.

—No te convengo, tienes razón —Blanca lo enfrentó con una mirada de odio. Con una mano sujetaba el delantal con los huevos, la otra la metió en el bolsillo para tocar el viejo cuchillo que allí llevaba, por si era preciso defenderse.

Escucharon abrirse la puerta de la Casa Grande, y al momento salió Celsita con una cesta de ropa húmeda, para tenderla en el pajar. Los miró apenas un momento y siguió su camino, ignorándolos.

Domingo aflojó la mano que la tenía presa, momento que aprovechó Blanca para soltarse y alejarse de él, sin volver la vista atrás. Entró en la casa por la puerta de la cocina, soltando un suspiro de alivio, y a punto estuvo de dejar caer los huevos cuando descubrió a la prima Celsa mirándola inquisitiva.

—Mucho has tardado en el gallinero —le dijo, a pesar de que la mujer estaba al lado de la ventana y sin duda había observado toda la escena con su hijo.

En ese momento entró la tía Angustias en la cocina, con el ceño fruncido. Sin duda también había estado espiando lo ocurrido desde otra ventana.

Blanca depositó los huevos, uno a uno, en una fuente. Luego sacó el cuchillo oxidado de su bolsillo, y apretó el mango con fuerza, como si necesitase algo a lo que sujetarse.

—Sé lo que pretendéis, pero no he venido aquí para casarme con Domingo. No me gustan sus modales ni la forma en que me trata, como si se creyera que ya soy de su propiedad —respiró hondo, y arrojó el cuchillo sobre la mesa—. No voy a permitir que me asuste ni me acorrale de nuevo, antes prefiero volver a La Coruña y pedir por las calles que estar en una casa donde no se me respeta.

—No te pongas así, mujer —Celsa forzó una sonrisa conciliadora—. Ya hablaré yo con Domingo para que mejore sus modales. Es buen chico, un poco bruto porque aquí son todos así. Seguro que en buena compañía podría mejorar.

Blanca no se creyó ni una de sus palabras, pero prefirió mantener el silencio, para no seguir con una discusión que no llevaba a nada.

En cuanto pudo, se escabulló a su dormitorio y allí escribió una larga carta a su querida Inés. Procuró resaltar las bondades de la vida en la aldea, la tranquilidad, la alegría de los niños corriendo por los campos, atrapando ranas y grillos, probando su puntería con tirachinas que ellos mismos fabricaban; incluso los aromas, el de los frutales que ya daban sus últimas piezas de la temporada, los castaños sembrando los caminos de erizos y las setas que brotaban por doquier en los días de lluvia. Era hermoso todo aquello, sí, para pasar una corta temporada y descansar de los apuros de la vida en la ciudad. Pero no era para ella.

No estaba en su carácter quejarse, ni mucho menos dar pena, pero procuró dejarle claro a su amiga que echaba de menos su antigua vida, que volvería a La Coruña si tuviera una oportunidad de ganar un salario, aunque tuviera que vivir sola en una pequeña buhardilla, o incluso en un cuarto alquilado. Supo que Inés la entendería, y que removería Roma con Santiago para lograr que volviera a la ciudad, a su único hogar.

Capítulo 11

Sentado tras su escritorio, Carlos miraba sin ver a su alrededor, a aquel despacho que poco a poco volvía a ser el de antes, con libros apilados, estanterías que se iban cubriendo de polvo y la pequeña estufa, que ya nadie encendía para prepararle café, olvidada en un rincón.

Por la puerta abierta podía ver el pasillo de acceso a la redacción y a Gloria, parada, esperando. Del otro lado llegó Aldrey, se acercó a ella e intercambiaron unas breves frases. Al momento, Gloria sonrió, elevando su rostro radiante hacia el joven periodista, que la cogió de una mano, acariciando sus nudillos.

Carlos se giró para no ver más y se levantó, acercándose a la ventana, observando el bullicio de la calle, tratando inútilmente de distraer sus pensamientos.

Sabía que un día su hija lo dejaría, era ley de vida. Por mucho que ella renegase del matrimonio y sus servidumbres, por mucho que presumiese de su libertad e independencia, de su capacidad para ganarse la vida y no necesitar de un esposo que la sustentase, nada de todo aquello había servido para evitar que se enamorase en cuanto apareció el pretendiente adecuado.

Carlos se alegraba, por su hija y por el joven Aldrey, al que apreciaba ya también como a un hijo. Sin embargo, veía ante él un futuro de soledad, privado de la compañía de aquella que lo había sido todo para él desde su nacimiento. Una vez Gloria contrajese matrimonio, ya nunca volvería a ser lo mismo. Ella se debería a su esposo y a los hijos que viniesen, y no tendría tiempo de atender a su pobre padre, cada vez mayor y necesitado de compañía.

Qué demonios. Carlos tiró al cenicero el puro que había estado mordisqueando inquieto. El aún era un hombre joven, y si antes no había vuelto a casarse era porque, al igual que su hija, no había encontrado la persona con la que estuviera dispuesto a iniciar de nuevo aquella arriesgada aventura. Pero ahora había una. Y quizá no se equivocaba por completo al pensar que a ella tampoco le era indiferente.

Cruzó la estancia e hizo notar su presencia a la pareja, que aún conversaba en voz baja, ante la puerta de la oficina de Gloria.

—¿Habéis recibido alguna carta de Blanca? —preguntó, sin disimular su impaciencia y su interés.

—Solo la que te enseñé —dijo Gloria, encogiéndose de hombros.

—A mí no me ha escrito.

Lo miraron, curiosos, esperando alguna explicación a aquella pregunta intempestiva.

—¿Y su amiga? ¿La joven rubia que no se separaba de ella en el velatorio?

—Inés Vidal.

—Seguro que a ella le ha escrito.

—No sé —Gloria negó con la cabeza—. No la he vuelto a ver desde entonces.

—¿Sabes dónde vive? ¿Puedes visitarla y preguntarle?

—Claro —su hija se acercó y le puso una mano en el brazo, un tanto preocupada—. ¿Ocurre algo?

—Solo me intereso por su bienestar —le dio una palmadita en la mano, bajando el tono para suavizar su inquietud—. Hazme ese favor, visita a la señorita Vidal, y a ver qué te cuenta.

Se dio la vuelta y volvió a su despacho, sin despedirse.

Había llegado el momento de tomar una decisión. Prefería apostar y perder si era menester, antes que pasar el resto de su vida reprochándose por haber sido un cobarde.

Blanca planchaba sábanas al lado de la cocina de hierro, donde posaba la pequeña plancha cada poco, para calentarla. Aquel trabajo monótono al que estaba acostumbrada, lejos de los animales de las cuadras, cuyo olor parecía que se le metía hasta bajo la ropa, le resultaba bastante más soportable.

—Se te ve mejor color hoy —dijo la tía Angustias, acercándose para recoger lo que ya estaba planchado.

—Será el calor que me da la cocina.

—Y la vida sana de la aldea. Aquí se está mucho mejor que en la ciudad, verás cuando te acostumbres, el aire es más limpio y hasta la comida sabe mejor.

Enarcó una ceja y se mordió el labio para no dar una respuesta mordaz. Pocas veces su tía se acercaba a hablarle, y menos en términos tan amistosos. Tenía que recordar que era la única familia que le quedaba y procurar aceptarla con todos sus defectos.

—¿De verdad te gusta vivir aquí? —preguntó mientras doblaba la última sábana.

—Este es mi hogar, conozco a todos los vecinos y no me importa trabajar duro.

Claro que a ella no la mandaban al amanecer a ordeñar las vacas. Se tragó también este comentario y dejó el lienzo blanco en la pila con el resto.

—Echo de menos nuestra casa en La Coruña —le confesó, dispuesta a sincerarse—. Allí también conocíamos a todos los vecinos, y eran amables y dispuestos a ayudar en lo preciso. Tenías que haber visto cuánta gente vino al velatorio...

Se detuvo al notar que se le quebraba la voz. La tía le rehuyó la mirada. Aún no habían hablado de aquello, ni de la supuesta enfermedad que le impidió viajar a la ciudad para el entierro de su único hermano.

—Tú eres muy joven y te crees que toda la gente es buena. Pero te engañas —Angustias se dio la vuelta, olvidando ya que venía para recoger las sábanas y hacer las camas—. Toda esa gente nos criticaba y se burlaba a nuestras espaldas. Sabían que tu padre estaba loco y que pasábamos apuros hasta para comer. Nuestra vida estaba en boca de todos, no me vengas ahora con que eran amables y querían ayudarnos.

—Sé que no toda la gente es buena —Blanca caminó hasta ponerse delante de su tía, a la que enfrentó con las manos en la cintura—, pero tampoco tan mala como la pintas. Comprendo que todos estos años con la enfermedad de mi padre han sido muy duros, para todos, y por eso no voy a permitir que nadie me siga haciendo la vida difícil, ni que me obliguen a hacer cosas a las que no estoy dispuesta.

—Nadie te obliga a nada, aquí todos trabajamos...

—No estoy hablando de trabajo.

Las dos quedaron en silencio al ver llegar a Celsita, que traía una cesta con verduras de la huerta. La muchacha las miró intrigada, pero no se decidió a preguntar si pasaba algo.

—Si acabaste con la plancha, tengo que ponerme ya con la comida —dijo tan solo. Acostumbrada a hablar muy poco, se comía la mitad de las palabras cuando lo hacía.

—Espera que recojo.

Angustias se acercó a la mesa y cogió las sábanas aún tibias y olorosas, marchándose por donde había venido. Blanca recogió la plancha que estaba sobre la cocina y la puso al lado de la ventana para que se enfriase.

Vio que Celsita traía algunas patatas y se ofreció a pelarlas. Mientras lo hacía, con la mente muy, muy lejos de aquella oscura cocina y del cuchillo afilado que manejaba con soltura, contaba los días desde la última carta que le había enviado a Inés, rezando por que llegase ya su respuesta.

Carlos y Francisco se preparaban para salir a su ronda habitual de entrevistas cuando vieron entrar a la joven rubia, y pararse en el pasillo, dubitativa. En la redacción se detuvieron máquinas y conversaciones y, por un momento, aquel ángel recién llegado lo inundó todo de silencio.

—¿Inés Vidal?

Carlos extendió la mano y la joven se la estrechó, ofreciéndole una sonrisa que hubiera logrado poner de rodillas a otro hombre menos curtido.

—¿Nos conocemos?

—En el velatorio de Arturo Fontela. Soy Carlos Figueroa.

Inés lo miró pensativa, como esforzándose por recordar.

—Tiene usted que perdonarme, mi memoria es horrible para las caras, necesito ver a una persona al menos media docena de veces para poder reconocerla —se volvió hacia el joven que aguardaba, en silencio, un paso más atrás—. Francisco, ¿verdad?

—Su memoria no es tan horrible —contestó el interpelado, estrechando su mano.

—¿En qué podemos ayudarla?

—Busco a su hija, Gloria. Me envió una nota, diciéndome que necesitaba hablar conmigo, y aprovecho que tenía que pasar por la plaza para entrar a saludarla.

—Es por aquí.

Carlos golpeó con los nudillos la puerta del despacho de Gloria, y la abrió a continuación, dando paso a Inés.

Ante la inesperada visita, Gloria casi saltó de su silla, alisándose el vestido arrugado por estar demasiado tiempo en la misma posición, y llevándose a continuación las manos a su rebelde cabello, que, por supuesto, no estaba demasiado bien peinado. Vio a Inés Vidal, hermosa e impecable, cruzar su pequeño despacho para saludarla, con una sonrisa que iluminaba aquel oscuro lugar, y casi se encogió, abrumada por su presencia.

—Me alegré tanto de recibir tu nota —decía Inés, después de los saludos formales—. Yo también estoy muy preocupada por Blanca.

—¿Ha recibido noticias tuyas?

Inés se volvió para comprobar que los dos hombres habían entrado en el despacho detrás de ella. Pareció un poco sorprendida por su obvio interés, pero lo disimuló con su innata elegancia.

—Ayer me llegó una carta. Aún no le he respondido, porque no sé muy bien qué espera de mí.

—¿No es feliz en ese pueblo? ¿La tratan mal sus familiares? —preguntó ahora Gloria, poniéndose en lo peor y dando rienda suelta a su tendencia al dramatismo.

—No sabría decirte, lo raro de esa carta es que trata de pintarme un lugar idílico. Habla de los niños jugando libres por el campo, y de los colores y olores de la naturaleza... —Inés negó con la cabeza, sin que ni uno de sus bucles dorados se saliera del sitio.

—¿Y eso es malo?

—Lo es, si viene de Blanca. Lo normal es que ella se estuviera burlando sutilmente de la vida campesina y de las peculiaridades de sus primos o vecinos —se volvió hacia Carlos y parpadeó con afectación—. No me entienda mal, no es que tenga tendencia a ser cruel, solo...

—Irónica.

—Eso es. No está en su carácter disfrutar sin más de lo que la rodea, sino más bien...

—Examinar y diseccionar. Como un científico.

—Exacto —Inés asintió con la cabeza, con gesto complacido—. Veo que ha llegado a conocerla muy bien en el poco tiempo que trabajó para usted.

—Es una de las mujeres más inteligentes que he tenido el placer de conocer. Por supuesto, mejorando lo presente —inclinó la cabeza ante la recién llegada y su hija, reconociéndoles sus méritos—. Pero, dígame, ¿qué más le cuenta en esa carta?

—Después de cantar absurdas alabanzas a su nueva vida, termina diciendo que añora la antigua, y que volvería sin dudarle a la ciudad, si tuviera medios para ello.

—Debe decirle que aquí tiene amigos que la ayudarán en todo lo que precise —intervino Francisco, que había escuchado la conversación en absoluto silencio.

—Le diré algo mucho mejor —Inés les ofreció una sonrisa cómplice, como un prestidigitador a punto de realizar su mejor truco—. Mi hermano Jorge se ha ido a la capital y, por un largo tiempo, en la casa solo estaremos mis padres y yo. Me han dado permiso para que invite a Blanca todo el tiempo que precise.

—¿Ya le ha escrito?

—Aquí llevo la carta —la joven mostró su pequeño bolso—. Ahora iba a Correos...

—Tengo una idea mucho mejor.

Inés abrió mucho los ojos, expectante, y, al igual que Gloria y Francisco, escuchó con atención aquella propuesta sorprendente.

Capítulo 12

Después de una hora de palpar, estrujar y retorcer, Blanca decidió que ya era suficiente tortura, tanto para ella como para la pobre vaca. Si a la prima Celsa le parecía poca leche la que había conseguido ordeñar, que mandase a alguno de sus expertos siete hijos a terminar la labor. Se levantó haciendo una mueca por su espalda dolorida, y se secó el sudor de la frente con la manga del vestido, mirando alrededor en busca del balde de agua limpia que tenía preparado para asearse cuando remataba la faena.

Y entonces vio al caballero parado en la puerta del establo, con el sombrero en una mano y un puro apagado en la otra.

Y se vio a sí misma también, sin necesidad de espejo. Con la melena en una trenza mal hecha, sus ropas más viejas, y el negro delantal de su tía que le llegaba hasta los pies, manchado de leche y briznas de hierba seca.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó, sin hacer ni el menor esfuerzo por respetar las normas de urbanidad.

—Lo mismo llevo yo preguntándome hace un rato sobre usted.

Blanca dio un paso y tropezó con el balde que buscaba. Al momento introdujo las manos en el agua limpia, y aprovechó para lavarse un poco también la cara y acomodarse tras las orejas algunos mechones sueltos. Procurando respetar su intimidad, Carlos le dio la espalda, haciendo ver que le interesaba un joven ternero que se removía en su cubículo.

—Disculpe el recibimiento, es que me ha sorprendido.

Se había deshecho del delantal y alisado sus ropas, y aunque el vestido se veía gastado e incluso remendado en alguna costura y algunas ondas rebeldes de su cabello volvían a caer sobre su rostro, demasiado pálido, Carlos pensó que nunca había visto a una mujer tan bella, a pesar incluso de sus oscuras ojeras.

—Debería haber anunciado mi visita, pero sentí de repente la necesidad de asegurarme de que se encontraba usted bien.

—¿Y ha hecho un viaje de tantas horas solo por eso?

Una sonrisa apenas esbozada bailó en sus labios, al tiempo que elevaba las cejas y la barbilla, altiva. Esa era la Blanca que había conocido, gracias al Cielo, aquel horrible lugar aún no había logrado cambiarla.

—Cruzaría la estepa siberiana por comprobar su bienestar.

La había incomodado. Observó como se removía, insegura, casi aturdida, como si no encontrara palabras para responder a tal declaración.

—Mi prima espera por la leche.

—Que espere.

—Aquí hay mucho trabajo. Las tierras, los animales... Todos tenemos que contribuir al sustento de la familia... Y es lo correcto. Mi padre no me dejó nada, no tengo de qué vivir, y aquí he encontrado la manera de ganarme la vida.

Le estaba dando unas explicaciones que él no le había pedido. Carlos la observó pensativo, tratando de ahondar tras esa declaración de conformidad, buscando el resquicio por donde interponer sus objeciones.

—¿Me está diciendo que es feliz aquí, entonces? ¿Le agrada este sitio? —hizo un gesto amplio que abarcaba desde el establo con sus vacas y terneros, y la cochiguera de los cerdos al fondo, hasta el exterior, los corrales de gallinas y conejos, la vieja casa de piedra con el aire siempre cargado del humo de la cocina, y las tierras de labradío alrededor, ahora secas, pero que pronto habría que comenzar a trabajar para los futuros cultivos.

Blanca quería contestar, pero las palabras se ahogaban en su garganta entre amargura contenida. Tratando de encontrar el aire que le faltaba, salió casi corriendo del establo, alejándose de la casa y tomando el camino del río, consciente de que Carlos la seguía a corta distancia, permitiéndole calmarse y recuperar el aliento.

—Odio ese olor —declaró transformando la tristeza en rabia—. Se me revuelve el estómago cada vez que entro en el establo —detuvo su deambular y se volvió a mirar a Carlos, que esperaba paciente, atento a sus palabras—. Nunca me ha gustado esto, ni cuando de niña me traían a pasar el verano. No me gustan los animales, ni trabajar la tierra, ni ninguna de las labores que aquí son imprescindibles para la supervivencia. Ya ve, soy una absoluta inútil. Una niña malcriada de ciudad que no soporta ver sus manos manchadas y sus uñas rotas.

Blanca extendió las manos abiertas hacia Carlos, para que él mismo comprobase los estragos que el trabajo le provocaba.

—No diga esas cosas —Carlos tomó sus manos y las acarició, tratando de reconfortarla—. Usted no es una inútil, en absoluto. Sabe leer y escribir y tiene una notable cultura.

—Nada de eso me sirve en el campo.

—Pero sí en la ciudad. Vuelva conmigo, Blanca, usted no pertenece a este lugar.

—Tampoco pertenezco ya a La Coruña. No tengo allí casa ni familia.

—Nos tiene a Gloria y a mí.

—No puedo seguir viviendo de su caridad —Blanca retiró sus manos y se alejó un paso, mirando su reflejo en un pequeño arroyo que cruzaba ante sus pies.

—No sería caridad si aceptara usted ser mi esposa.

La imagen de Carlos se unió a la suya en el reflejo del agua cristalina. Él se puso a sus espaldas, apoyando las manos en sus hombros, y por un momento el silencio los rodeó; hasta los pájaros y las cigarras enmudecieron aguardando la respuesta de Blanca.

—He llegado a pensar que había malinterpretado sus atenciones —reconoció inesperadamente, y Carlos sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—¿En verdad ha pensado en mí durante este tiempo?

Blanca se dio la vuelta, para encontrarse entre sus brazos, que la envolvieron acogedores.

—Cada noche, cuando me iba a dormir, pensaba que había cometido la mayor estupidez de mi vida al marcharme de su casa.

—Blanca...

Carlos la ciñó mas a su cuerpo y ella enterró la cara sobre su pecho, sintiéndose como si por fin regresara al hogar.

—Mi tía intentará oponerse —dijo contra la solapa de su chaqueta.

—Creo que es usted mayor de edad.

Blanca rio de repente. Una carcajada suave que hizo reverberar su cuerpo entre los brazos de Carlos.

—Me parece que, llegado este momento, ya puede tutearme.

—Solo si es recíproco.

Ella se separó un poco, lo justo para poder mirarlo a los ojos, levantando el rostro para hacerlo, con un gesto dulce de auténtica devoción.

—Has venido a salvarme y yo ... —la emoción no dejó salir las palabras de su boca por un momento. Bajó la cara y vio briznas de paja en la ropa impecable de Carlos—. Yo... Te estoy manchando el traje. Vayamos a la casa.

Se giró e inició la marcha, sin esperarlo. Carlos la siguió con una sonrisa benévola. Sabía que no había propuesto matrimonio a una mujer sumisa; desde luego, Blanca no era de las que caminaría un paso por detrás de su marido. Él esperaba, al menos, que caminase a su lado. Le encantaría llevarla cogida del brazo por la calle Real, orgulloso de la que ya era su futura esposa, y no solo por su obvia belleza.

En la casa le aguardaba a Blanca la última sorpresa. Sentadas a la mesa de la cocina, bajo la atenta, y sorprendida, mirada de la tía Angustias y la prima Celsa, estaban Inés y Gloria. La recibieron con abrazos, sin aceptar sus excusas por su vestido sucio y su descuidado aspecto.

En un momento la pusieron al tanto de cómo habían organizado aquel largo viaje y los planes que tenían. Aquella noche se alojarían en la cercana ciudad de Santiago de Compostela, allí Carlos tenía un buen amigo que los había recibido en su casa encantado, de camino hacia el pueblo, y que esperaba que regresasen para la cena. Y al día siguiente, por la mañana, volverían para recogerla con su equipaje, y harían todos juntos el viaje de regreso a La Coruña.

—¿Y la redacción? —Blanca se volvió a Carlos, que permanecía de pie junto a la puerta—. ¿Quién se ocupa de *El eco*?

—Aldrey lo hace —Carlos sonrió, acercándose para dejar su sombrero sobre la mesa—. A este paso tendré que nombrarle subdirector.

—Es una buena idea —intervino Gloria, aprovechando al vuelo la ocasión—. Trabajas demasiadas horas, y es el momento de que dediques menos tiempo al periódico y más a los asuntos personales.

La pelirroja se volvió hacia Blanca, que le sostuvo la mirada, interrogativa, con gesto sereno. Inés también contenía el aliento, a la espera de una explicación sobre lo que ambas sabían que Carlos le habría propuesto cuando pidió ir solo a buscarla al establo.

—Esta no es solo una visita de cortesía —explicó, volviéndose a mirar a la tía y a Celsa, que permanecían en un incómodo silencio—. Don Carlos me ha hecho el honor de proponerme matrimonio.

—Y entiendo que has aceptado —dijo Angustias, con obvio reproche.

—Podéis felicitarme, en este momento me siento una mujer muy afortunada.

—Pues claro, hija —la prima Celsa acertó a sonreír, dando un codazo con poco disimulo a Angustias—. Enhorabuena a los dos. Se lleva usted una joya, don Carlos.

—Lo sé.

El caballero seguía en pie, esperando que aquel momento incómodo pasara cuanto antes. Sabía que llegaba como un ladrón, dispuesto a arrebatar a Blanca de su familia, pero después de ver cómo la hacían trabajar y lo desmejorada que la encontraba en tan poco tiempo que llevaba en aquella casa, se negaba a sentirse culpable por ello.

—¿Y cuáles son sus planes ahora? ¿Cuándo será la boda?

—Cuando la novia prefiera —dijo Carlos, intentando contagiar su buen humor para disipar aquel ambiente cargado—. Solo le pediría que no me haga esperar hasta la primavera.

—Blanca no tiene ajuar, y eso lleva mucho tiempo prepararlo —alegó Angustias, torciendo la boca en un gesto despectivo—. No creíamos que a estas alturas y en sus circunstancias lo fuera a necesitar.

Se mordió la lengua para no dar una mala contestación a su tía, para no decir en voz alta que aún tenía esperanzas de casarla con el impresentable de su sobrino, y que para eso seguro que estaría dispuesta a proporcionarle el ajuar, incluso de sus pocos ahorros.

—Ni ajuar ni dote, por Dios, no estamos en la España medieval —Carlos tomó una mano de Blanca, acariciándole los nudillos con suavidad, hasta que ella dejó de fruncir el ceño y le sonrió a su manera, curvando apenas los labios—. Me llevo una joya, soy yo quién debería de compensarlos por su pérdida.

Del piso superior vieron bajar a un joven alto y fuerte, de modales toscos, que los saludó con sorpresa y desconfianza.

—Este es mi hijo mayor, Domingo —anunció Celsa, y el muchacho inclinó la cabeza ante los recién llegados, sin hacer mayor ademán de saludo—. Las señoritas son dos buenas amigas de Blanca que han venido a verla desde La Coruña —le explicó a su hijo, que se frotó la cara obviamente para espantar el sueño—. Y el caballero, don Carlos Figueroa, un pretendiente que hasta ahora desconocíamos, y que ha venido para proponerle matrimonio.

Aquello pareció espabilar del todo al joven, que miró muy ofendido a su prima, parada al lado de sus visitas, tan elegantes todos.

—Dijiste que se quedaría —acusó, volviendo su ira hacia Angustias—. Me lo prometiste.

—Blanca es mayor de edad y puede tomar sus propias decisiones, aunque sean contra la opinión de su única familia, que la ha acogido y cuidado cuando no tenía donde caerse muerta.

Domingo volvió el rostro, cada vez más enrojecido y violento, hacia Blanca, que enderezó la espalda, preparada para el ataque. Una mano grande y cálida se posó en su cintura, envolviéndola, haciéndole saber que no estaba sola. Supo que podría soportar cualquier cosa teniendo a Carlos a su lado, no como protector, sino como un firme pilar donde apoyarse.

—Siempre te has creído mejor que todos nosotros. Te hemos tratado como a uno más de la familia, y así nos lo pagas. Eres una...

—Diría que no son todos iguales en esta familia —cortó Carlos, evitando el insulto que estaba a punto de salir de la boca de aquel botarate—, mientras Blanca estaba trabajando duro en el establo, veo que usted estaba... —lo miró de arriba abajo, repasando su ropa arrugada y su pelo revuelto—. Durmiendo la siesta, si no me equivoco.

—¡Pero quién se ha creído que ...!

—Detén esa lengua.

Domingo se volvió hacia su madre, que negó con la cabeza, con gesto amenazante. Resoplando como un toro herido, el muchacho cruzó la cocina y salió por la puerta, murmurando blasfemias y amenazas.

Celsa procuró calmar el ambiente, pidió disculpas por los modales de su hijo y al momento comenzó a poner sobre la mesa una botella de vino del país, algunas frutas y un trozo de queso.

—Le agradecemos su hospitalidad, señora, pero ahora debemos volver a Santiago.

—Antes no terminó de explicarnos sus intenciones —le sonsacó Celsa, forzando una sonrisa amable—. Comprenda que nos preocupamos por Blanca, somos su única familia.

—Mañana a primera hora volveremos a buscarla. Blanca se viene con nosotros de vuelta a

La Coruña.

—Pero ella ya no tiene casa allí. Y aunque sabemos que durante un tiempo la acogió en la suya, ahora que están comprometidos sería un escándalo que vivieran bajo el mismo techo.

—No tienen de qué preocuparse, mi casa es su casa hasta que se celebre el matrimonio —intervino Inés, y Celsa se volvió para mirarla sin parpadear.

No podía haber dos mujeres más diferentes en la misma estancia. La rubia con su elegante traje de viaje, hermosa y delicada como un ángel, y su anfitriona, tosca y desgastada por el trabajo y la vida dura de la aldea, una mujer que había perdido su feminidad, si es que algún día la había tenido.

—Son ustedes muy amables, Blanca es muy afortunada de tener tan buenas amistades.

Aún había un deje de desconfianza en sus palabras, como si no acabara de creerse la buena suerte de la joven. A sus espaldas, Angustias miraba y escuchaba todo, con la boca apretada en un gesto de perpetuo disgusto. Blanca también permanecía en silencio, rogando que aquel momento tan violento pasara cuanto antes.

—Ahora debemos irnos, para que no se nos haga noche en el camino —insistió Carlos.

Inés y Gloria se levantaron a un tiempo, tan incómodas que ninguna acertaba a despedirse. Blanca los acompañó a la puerta y salió con ellos, cruzando la era hasta donde les esperaba un coche tirado por dos caballos.

Carlos la retuvo, tomándola por un codo, y dejó que las dos muchachas se adelantaran.

—¿Estarás bien?

—Estaré en el cielo, sabiendo que mañana vuelvo con vosotros a casa.

A pesar de la escena con su familia, la ilusión aún brillaba en sus ojos oscuros, tan contagiosa que Carlos logró sonreírle. No le gustaba nada tener que dejarla una noche más con aquella gente.

A poca distancia, Inés y Gloria esperaban su despedida, y desde la casa podía sentir también varios pares de ojos mirándolos desde las ventanas. De no ser así, Carlos se hubiera atrevido a hacer lo que tanto ansiaba desde hacía meses, tomar a Blanca entre sus brazos y derretir su sonrisa helada a base de besos y caricias. Tendría que esperar a una mejor ocasión.

—No sabes cuánto te he extrañado.

La vio parpadear, y un brillo sorprendente iluminó sus ojos oscuros.

—Nunca volveré a alejarme de ti —le prometió.

Se llevó su mano a la boca, besándola durante largo rato, hasta que la piel fría se calentó al contacto con su mejilla.

—Hasta mañana, entonces.

Le costó toda su fuerza de voluntad dar los pocos pasos que lo separaban de ella para acercarse al coche, ayudar a subir a Gloria e Inés y ocupar su puesto, tomando las riendas. Se despidió por última vez, con un gesto de la mano, y azuzó a los caballos para que giraran de vuelta al camino.

La imagen de Blanca, tan pálida y desmejorada, frágil como nunca la había imaginado, lo persiguió durante todo el camino hasta Compostela.

Antes de la cena, Blanca ya había recogido sus escasas pertenencias y preparado la ropa para el viaje del día siguiente. Se esperaba un momento violento cuando se reuniese toda la familia en la cocina, pero finalmente se limitaron a ignorarla, como hacían la mayor parte del tiempo desde

que vivía en aquella casa.

Le pareció que María, la hija de Celsa de quince años, quería decir algo, incluso puede que sintiera lástima por su marcha. Se había dado cuenta de que en los últimos días trataba de imitar la forma en que se recogía el pelo, y se cambiaba el vestido cuando volvía con él manchado de las labores del campo. También el más pequeño de los siete hermanos, al que llamaban Toñito, que alguna vez se había sentado a sus pies mientras ella leía, pidiéndole que lo hiciera en voz alta, le lanzaba miradas disgustadas desde el otro lado de la mesa.

Quiso dedicarles unas palabras, decir que lamentaba dejar aquel hogar, aunque no fuera cierto, que había empezado a apreciarlos, aunque no a todos por igual, pero el silencio hosco de la tía Angustias y el gesto amenazante de Domingo, que bebía más de lo que comía, se lo impidieron.

Finalmente dieron por terminada la cena, y cuando quiso ayudar a recoger la mesa, Celsa le quitó los platos de las manos y le dijo que se fuera a dormir, que necesitaría estar descansada para el viaje que le esperaba al día siguiente.

Subió las escaleras manteniendo la frente alta, los hombros cuadrados, mientras sentía varios pares de ojos clavados en su espalda. Una vez en su pequeña habitación, la invadió una sensación de desazón que le impedía descansar. Revisó sus pertenencias, asegurándose de que no se dejaba nada, lanzando miradas de preocupación hacia la puerta cerrada. Comprendió que nunca podría dormir con el miedo de que alguien entrara de repente, para tratar de hacerle cambiar de opinión, de buenas o malas maneras. Como única defensa, arrastró su pequeño baúl hasta la puerta, bloqueándola. Después se acostó sobre la cama, vestida e insomne.

En algún momento logró dormirse, un sueño inquieto en el que creyó escuchar pasos que se acercaban. Abrió los ojos en la penumbra de la habitación y vio como la manilla de la puerta se giraba un par de veces. El baúl cumplió su cometido, impidiendo que el intruso lograra adentrarse en la alcoba. Los pasos se alejaron, pesados y lentos, y Blanca recuperó su estado de duermevela, con el cuerpo tenso y la cabeza a punto de estallarle, incapaz de relajarse hasta que la aurora iluminó la habitación con su luz fría y desvaída.

Con las mismas ropas de viaje que llevaba, no tanto tiempo atrás, cuando llegó a aquella casa, Blanca permaneció quieta y alerta, minuto tras minuto, hora tras hora, sentada en la cocina, esperando la llegada de sus salvadores.

La tensión y las preocupaciones apenas le habían dejado reflexionar sobre la sorprendente proposición de Carlos. No intercambiaron promesas de amor, ninguno de los dos habló de sentimientos arrebatados ni mucho menos de pasión. Solo habían reconocido mutuamente cuánto se habían extrañado el uno al otro.

¿Era eso suficiente para unirse en matrimonio? ¿La necesidad de estar juntos, el placer de la mutua compañía?

Mientras sus primos entraban y salían, sin dedicarle ya ni una mirada, Blanca recordó la mano de Carlos en su espalda, el calor de su piel atravesando las capas de ropa para llegar hasta la suya, tan sensible. Se tocó una mano con la otra, sintiendo su caricia sobre sus nudillos, sus labios posándose, tiernos y seductores.

Notó un calor creciente que le subía desde el pecho, enrojeciendo sus mejillas. Ahí tenía un principio. Había admirado a Carlos Figueroa antes de conocerlo, por la labor al frente de su periódico, y se había sentido fascinada por su figura desde la primera vez que se lo cruzó en los pasillos de *El eco*. Nadie podía negar que era un hombre atractivo y elegante, pero lo que le provocaba solo con verlo iba más allá de su aspecto físico y todas sus buenas cualidades. Aquella

sensación de debilidad, unida al deseo de mostrarse interesante e ingeniosa, el hormigueo que recorría su cuerpo cada vez que cruzaba la puerta de la redacción, la tristeza que la invadió al abandonar su casa, mayor aún que la que sintió al abandonar la propia, ¿podía ser todo eso el amor? Desde luego, nunca había sentido nada ni remotamente parecido por ningún otro hombre. Y por eso había aceptado su proposición de matrimonio.

—¿Blanca?

Como invocado por sus pensamientos, Carlos estaba ante la puerta abierta. Ni se había dado cuenta de su llegada, con el ajetreo matinal de la familia. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que la habían dejado sola. Solo estaban ella y él en la cocina demasiado caliente por el fuego de la *lareira*. Se puso en pie casi de un salto, sintiendo que el calor que la invadía le llegaba hasta la frente.

—Perdón. Estaba distraída.

Lo vio cruzar la estancia hacia ella. Le dio tiempo de admirar su traje impecable, su cabello abundante y oscuro, apenas veteado de plata, peinado hacia atrás, despejando sus rasgos fuertes y masculinos. De repente se sintió muy pequeña y muy frágil. Extendió su mano hacia la de él, que se la tomó, llevándosela a los labios, como siempre.

—Espero que estuvieras pensando en mí.

—Eso hacía.

Dio un paso para acercarse más a él, elevando el rostro, con la boca entreabierta en una muda invitación. Un leño crepitó en el hogar, y fue como el eco de la tensión que había entre sus cuerpos, tan cerca que casi se tocaban, apenas a unos centímetros del paraíso.

Y entonces Gloria e Inés entraron por la puerta, comentando algo que habían visto entre risas y bromas, y el momento pasó. Blanca retiró su mano y se alejó de Carlos, disimulando su apuro al saludar a sus amigas, que la abrazaron entre reiteradas exclamaciones de alegría por el viaje de vuelta que iban a iniciar.

Carlos se hizo cargo del baúl de Blanca y salieron todos juntos a la era, donde ya los esperaban la tía Angustias y Celsa, que se despidieron con pocos cumplimientos.

Mucho tiempo después, cansada y adormilada por el traqueteo del coche que la alejaba de aquella extraña y breve pesadilla, Blanca hizo acto de contrición y decidió olvidar los malos ratos y recordar siempre que aquella era la única familia que le quedaba con su misma sangre y apellidos, y por lo tanto se merecían su cariño y su consideración.

Su única familia. Abrió los ojos y sorprendió el momento en que Gloria le contaba alguna anécdota a su padre que los hacía reír a ambos.

Pronto tendría una nueva familia. Y quizá algo más, algo que hacía tiempo que había descartado como posibilidad. Cerró de nuevo los ojos para disimular la felicidad que la invadía. Cuando de nuevo el cansancio la venció, soñó con una niña de ojos oscuros y largos tirabuzones que le extendía las manos para que la tomara en brazos.

Capítulo 13

Sentados a la mesa del comedor, Carlos y Gloria cenaban con poco apetito, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. Al llegar de su largo viaje, habían dejado a Blanca e Inés en la casa de esta última, con una breve despedida al ver lo cansadas que ambas parecían.

—Estoy agotada —dijo Gloria, como haciéndose eco de los pensamientos de su padre.

—Ha sido un día muy largo.

—Dos días muy largos —puntualizó la muchacha, recordándole que apenas la mañana anterior habían salido de casa para ir en busca de Blanca—. Pero ha valido la pena. ¿No te sientes feliz?

Carlos respondió con una sonrisa a tanto entusiasmo, dejando los cubiertos sobre el plato, incapaz de seguir fingiendo un apetito que no sentía.

—Muy feliz. Gracias.

Tomó un sorbo de vino de su copa, bajo la mirada escrutadora de Gloria.

—Oh, vamos, quiero saberlo todo. Cuéntame qué planes tienes, ¿cuándo será la boda? ¿Iréis de viaje de novios?

—Todo eso tendré que hablarlo con Blanca.

—¿Esperaréis a la primavera? Sé que las circunstancias no son las ideales, Blanca quiere a Inés como a una hermana, pero no creo que se sienta cómoda viviendo en su casa un largo periodo de tiempo.

—¿Qué quieres que te diga? —Carlos se puso en pie y Gloria lo imitó al momento—. Por mí hubiera traído a Blanca de vuelta a casa hoy mismo, pero nos vemos obligados a guardar las apariencias y no dar pie a rumores maliciosos.

Gloria se colgó de su brazo y caminaron juntos hasta el salón. Lo que no podía decirle a su curiosa hija era que, de traer a Blanca a la casa de nuevo, ahora que le había concedido su mano, probablemente habrían dado certeza a las habladorías. No podía dejar de pensar en la belleza de su futura esposa, en su piel tan blanca y suave, que imaginaba deliciosa, en sus labios de rosa pálida, sus ojos de princesa mora y su larga melena oscura, que ansiaba ver caer suelta sobre sus hombros desnudos.

—¿Estás muy enamorado?

—Gloria...

—Siempre dijiste que nunca te volverías a casar.

Sí, y ella aún pensaba que lo hacía en respeto por la memoria de su difunta madre. Tampoco podía decirle que su primera esposa solo era una pálida sombra si la comparaba con Blanca. Una mujer sin una idea propia, apenas capaz de ocuparse de su casa y sus labores, que se había rendido a la enfermedad incapaz de luchar ni por su propia vida. Hacía tiempo que descansaba en paz, y él no pretendía faltarle con aquellos pensamientos. Le había dado una hija fuerte y vivaz, todo lo que no había sido ella, y por eso siempre respetaría su memoria.

—He descubierto que «nunca» es demasiado tiempo.

Gloria se sentó en un sillón y elevó su rostro pecoso hacia Carlos, con una sonrisa radiante.

—Yo me siento muy feliz, por ti y por Blanca. Llámame bruja, pero sentía un palpito cada vez que os veía juntos, la forma en que os hablabais, en que os mirabais...

—Hija...

—Bueno, ya sé que te da apuro que te hable de estas cosas, pero ya sabes que soy una entrometida sin remedio —soltó una carcajada, riéndose de sí misma—. Entonces... ¿Estás enamorado?

Carlos trató de reprenderla con la mirada, pero en realidad le dirigió un gesto de rendición.

—Me temo que como un colegial.

Gloria aplaudió la respuesta y al momento estaba en pie, tarareando una melodía, tomándolo de las manos para obligarle a bailar el vals con ella. Hacía un rato aseguraba que estaba agotada, y ahora se deslizaba enérgica por el salón, cantando una absurda tonadilla popular.

Aceptó el juego entre paciente y divertido. Adoraba a su hija y sabía que la echaría horriblemente de menos el día que dejara el hogar para formar el suyo propio. Pero ahora su corazón estaba repleto como nunca imaginó sentirlo. A su edad, y fuera de toda esperanza, parecía que había encontrado el amor de su vida. Sí, por supuesto, se sentía muy feliz. Y afortunado.

—El gran día se acerca. Cualquiera otra novia estaría nerviosísima, pero tú no, claro. Siempre tan serena.

Blanca miró las puntadas que estaba dando a un mantel y extendió el bastidor hacia Inés, que comprobó su trabajo y estalló en carcajadas.

—Solo es apariencia —reconoció avergonzada, empezando a deshacer aquel desastre.

—Se te da muy bien aparentar que nada te afecta.

Inés dejó el libro que leía con desgana y tomó una pasta de un bandeja sobre la mesa. La doncella entró a encender las lámparas; estaban ya en diciembre y cada día parecía más corto que el anterior.

—Como bien dices, cualquiera debería estar nerviosa ante lo que se avecina. Un hogar nuevo, una familia nueva...

—Lo dices como si te fueran a adoptar, y no es lo mismo, en absoluto —Inés se inclinó, conspiradora—. Te vas a casar, Blanca. Y debo decir que has elegido muy bien, si se me permite piropear a tu prometido. Pero, dime, ¿le amas?

Blanca arrojó el bastidor lejos, con gesto exasperado, y miró a su impertinente amiga con un reproche en los labios.

—Inés...

—Solo a mí puedes confesármelo, soy tu única confidente. Por supuesto, con Gloria nunca podrás hablar de estas cuestiones, por muy buenas amigas que seáis.

—Déjalo estar.

—No. No lo voy a dejar. Creo que necesitas hablar sobre tu futuro matrimonio, y sé que no lo harás por voluntad propia. Así que pienso obligarte.

—Pero, Inés...

—Pero, Blanca...

—¡Está bien!

Se puso en pie y se llevó una mano a la frente, notando con disgusto que le temblaba.

—Respira hondo y al toro.

Soltó una pequeña carcajada ante la expresión de su amiga, que le sirvió para aflojar un poco su nerviosismo.

—Si te digo que siento algo desde el mismo día en que lo conocí... Que fue como... Como si alguien encendiera una luz en la oscuridad —Blanca se paró ante la lámpara recién encendida—. Como si siempre hubiera estado esperando a conocerlo, precisamente a él. Como si fuera mi destino.

—Creo que te entiendo.

Inés parpadeó para alejar un dolor ya casi irreconocible. Ella también se había sentido así hacía mucho, mucho tiempo. Apenas era una niña, pero nunca lo había olvidado.

—No sé si es el amor del que hablan los poetas, o el cariño que se profesan tus padres, por ejemplo. Tal vez eso llegue con el tiempo y la vida en común.

—Pero no tiene que ser así al principio —objetó Inés, agitando las manos para expresarse mejor—. Tú lo has dicho. Tiene que ser una luz, una luz cálida que te envuelve y te ciega por un momento. Tiene que ser pasión.

—Y me lo dice la que ha hecho propósito de no casarse nunca...

Blanca miró a su amiga con todo el cariño que le profesaba, esperando hacerla reaccionar con sus palabras.

—Y no lo haré. A menos que encuentre mi propia luz.

—Eso ya me gusta más.

Inés se removió en el asiento y Blanca pudo ver un suave rubor que le encendía las mejillas marfileñas. Se temió lo que vendría a continuación.

—¿Habéis hablado de tener hijos?

—¡Inés!

—A lo mejor a él ya no le gustaría, teniendo una hija tan mayor como Gloria, pero tú eres joven y tienes derecho a tener tus propios hijos y...

Hablaba a toda velocidad, para impedir que Blanca la detuviese antes de exponer sus pensamientos, pero al final se fue desinflando aquel ímpetu.

—No. No lo hemos hablado. No tengo ni idea de cómo plantear una cuestión así.

—Pero no tienes a nadie que lo haga por ti —dijo su amiga, recordándole su condición de huérfana—. Y es una cuestión muy importante.

Blanca se sentó al lado de Inés y la miró de nuevo con aquel gesto suyo tan sereno, con apenas una sonrisa esbozándose en los labios.

—Quiero a Carlos, quiero estar con él, vivir con él, ser su esposa. Las condiciones que quiera poner en nuestro matrimonio, las aceptaré con gusto. Nada puede ser tan malo como perderle ahora que lo he encontrado.

—A tu luz.

—A mi luz.

Vio que los ojos de su amiga se humedecían y supo en lo que estaba pensando, en su propio amor perdido, en su incapacidad absoluta para volver a enamorarse de ningún otro. Esperaba y deseaba de todo corazón que algún día pudiera ser tan feliz como ella lo era en aquel momento.

Feliz, ansiosa, y expectante. A solo una semana de convertirse en la esposa de Carlos Figueroa, el hombre que había traído la luz a su oscura vida.

Capítulo 14

Blanca entró en la redacción aquella mañana y se llenó los pulmones con el olor intenso a papel y tinta. Cuánto lo echaba de menos. Pero ya quedaba poco para su regreso, había convenido con Carlos que volvería a su empleo en *El eco* tras su boda. Puesto que estaba de luto, la ceremonia sería sencilla, con la sola presencia de los más allegados y sin las típicas celebraciones de tal acontecimiento. No las echaría de menos, no necesitaba una gran fiesta ni un espléndido viaje para sentirse más feliz y emocionada de lo que ya se sentía.

Miró a su alrededor, cerciorándose de que nadie la veía entrar. La oficinita de Gloria estaba cerrada, así que cruzó rauda el pasillo y se coló en el despacho de su prometido, cerrando la puerta a su espalda.

Carlos no levantó la vista de su escritorio. Lo vio deslizar su mano elegante sobre el papel, transcribiendo con la pluma algún pensamiento que lo mantenía absorto y ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Admiró su capacidad de concentración, como admiraba tantas otras cosas que iba descubriendo a cada momento que pasaba en su compañía. Cosas que la enamoraban al punto de hacerla sonreír simplemente con recordar una palabra, un gesto, un guiño de sus ojos castaños. La Blanca mordaz e irónica que había sido, la que aparentaba dureza y frialdad para ocultar su desgraciada vida, se hubiera burlado de tan tiernos sentimientos. La nueva Blanca, la que lo había perdido todo, hasta la esperanza, estaba dispuesta a agradecer y disfrutar cada minuto de aquella nueva oportunidad que el destino le regalaba.

Podía quedarse así toda la mañana, mirando a su futuro marido, tan apuesto con su traje oscuro y su camisa impoluta. No se había quitado la chaqueta ni utilizaba los manguitos para protegerse de las manchas de tinta, por lo que supuso que acababa de llegar también de la calle, o estaba a punto de salir.

Por fin dejó la pluma y levantó la vista, con el ceño fruncido, que inmediatamente fue sustituido por una sonrisa de sorpresa al encontrársela mirándolo.

—Buenos días.

Lo vio levantarse de la silla y acercarse, extendiendo la mano para tomar la que ella le ofrecía y llevársela a los labios.

—Buenos días.

—Qué agradable sorpresa.

—No quería molestarte.

—Nunca lo haces.

Se quedaron así parados, mirándose a los ojos, con todos los sentidos alerta y el corazón alborotado, hasta que empezaron a hablar a un tiempo, interrumpiéndose el uno al otro.

—Tú primero —dijo Blanca.

—No, no, tú eres la que se ha tomado la molestia de venir hasta aquí.

—No es una molestia. Me gustaría pasar más tiempo... en la redacción.

«Más tiempo contigo», quería decir, pero aún no se atrevía. Por Dios, aquel hombre iba a ser

su esposo en dos días, y ella aún no le confesaba sus verdaderos pensamientos.

—Siento tenerte tan desatendida —reconoció Carlos, y él sí que no tenía ningún problema para decir en voz alta lo que pensaba—. Ya sabes lo exigente que es este trabajo, era mucho más fácil cuando eras mi ayudante. Sin ti, todo es caos.

Blanca miró a su alrededor, pero algo le decía que no se refería al estado de su despacho cuando hablaba de caos. El corazón amenazaba con salirse del pecho si no ponía en palabras sus sentimientos.

—Apenas hemos tenido tiempo para hablar, o para estar a solas.

—Lo sé.

Carlos se apoyó sobre su escritorio y, sin previo aviso, la envolvió por la cintura, atrayéndola hacia su cuerpo.

—No... No hemos hecho ningún plan de futuro... Yo no sé...

Era una situación demasiado íntima como para poder obviarla. Al fin, para eso se había acercado aquella mañana a la redacción. Ahora faltaba atreverse a proponerle lo que quería.

—Mi plan de futuro es quererte, cuidarte y enseñarte a reír en voz alta.

Blanca sintió que las piernas no la sostenían y se apoyó más en Carlos, buscando seguridad en su cuerpo tan sólido y fuerte.

—Ya sé reír —protestó, forzando una sonrisa, pero él negó con la cabeza.

—Yo nunca te he oído.

Ella jugueteó con las solapas de su chaqueta, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Hay muchas cosas que nunca hemos hecho.

Blanca respiraba cada vez más rápido, soltando el aire por la boca. La mirada de Carlos se posó en sus labios entreabiertos, húmedos y dispuestos, y todo su cuerpo pareció endurecerse en respuesta a su anhelo.

—Blanca, amor mío, ¿has venido hasta aquí para que te bese?

—Por favor...

Cerró los ojos y dejó que él devorase la última sílaba con su boca ardiente. Era tan sorprendente y maravilloso como lo había imaginado. Toda una vida de espera había merecido la pena por estar ahora, en aquel lugar e instante, entre los brazos de Carlos Figueroa, dejando que sus labios dibujasen los suyos. Intentó responderle con el mismo ardor, provocándolo, alejándose para volver a acercarse. Sus manos subieron libres y seguras hasta su cuello, curvando la espalda para amoldarse a su pecho. Cuando la punta de su lengua se internó en su boca, la abrió con un suspiro, sorprendida, y de nuevo se entregó a aquella sensación desconocida, inesperada, fascinante. Era tanto el placer que le daba que notó una lágrima brotar y correr por su mejilla, hasta unirse a su beso.

—¿Estás llorando? —preguntó Carlos, separándose apenas unos centímetros.

—De felicidad.

Le acarició la mejilla húmeda, y ella apoyó el rostro sobre su palma, tan confiada y entregada que él sintió el pecho henchirse de una mezcla de orgullo, amor y responsabilidad.

—Te he pedido risas, no lágrimas. Desde ahora no tengo otro propósito en la vida que el de hacerte feliz.

—Me haces muy feliz.

Otra lágrima rebelde se escapó entre sus pestañas y Carlos la detuvo besándola en la mejilla, en los párpados, en la frente. Y de nuevo en la boca, degustando aquella mezcla de sal y miel. Blanca le devolvió la caricia con renovada intensidad, mejorando segundo a segundo con la

práctica.

—No dejaré de besarte hasta que sonrías —la amenazó mientras sus labios le recorrían la mejilla hasta llegar a la piel tierna detrás de su oreja. Cuando le acarició el lóbulo con la punta de la lengua, Blanca soltó el aire contenido de golpe.

—Me haces cosquillas —protestó y por fin soltó una pequeña carcajada.

—Todo un descubrimiento —las manos de Carlos se ciñeron más a su cintura, buscando algún otro punto sensible, pero el corsé impedía su objetivo—. Tendremos que dejar una exploración más completa para... el sábado por la noche.

Blanca tragó saliva. El sábado. Su noche de bodas. Sintió que se le erizaba la piel en zonas de lo más recónditas.

—No veo la hora —se atrevió a murmurar, escondiendo la cara contra la solapa de la chaqueta de su prometido.

Sintió la tensión que inundaba el cuerpo de Carlos. Se armó de valor para mirarlo a los ojos y comprobar si le había molestado su descaro. Había algo extraño en sus ojos, algo tan apasionado que lo obligaba a apretar la mandíbula, como si lo invadiese un dolor insoportable.

—Juegas con fuego —la acusó, con un tono de voz ronco que nunca antes le había escuchado—. Ahora va a ser mejor que te vayas o esto acabará en un escándalo y nunca podrás volver a trabajar en la redacción.

Intentó dar un paso atrás, pero él no la soltaba, a pesar de sus palabras. Notó un rubor violento que inundaba su rostro y bajaba hasta su escote.

Quería decirle muchas cosas, palabras que se amontonaban en su garganta y le robaban el aliento. Decirle que su corazón latía más rápido cada vez que lo veía, que notaba correr la sangre en sus venas con cada una de sus sonrisas, que nunca había creído encontrar en su vida aquel amor romántico que cantaban los poetas, que estaba convencida de que no sería tan afortunada, y ahora estaba allí, rendida entre sus brazos, deseando fundirse con su piel y no separarse de él jamás.

Le faltó el valor. Aquel cúmulo de sentimientos era demasiado joven, demasiado nuevo, temía no saber cómo expresarlo en voz alta. Decidió que era mejor dejar que madurase, tenían mucho tiempo por delante juntos, toda una vida.

—Te dejaré que sigas trabajando...

—Será lo mejor.

—Siento haberte molestado.

—Ya te he dicho que tú nunca molestas.

—Nos vemos esta noche, entonces.

Carlos inclinó el rostro y la dejó libre, ofreciéndole una sonrisa tan seductora como dolorida.

—Yo tampoco veo la hora.

Y ella supo que no hablaba de esa noche, sino de la que les esperaba el sábado.

Procuró recomponerse. Se tocó el pelo, comprobando que su peinado seguía impecable, se alisó las faldas y ajustó los guantes. Con la mano ya en el pomo de la puerta, se volvió para ofrecerle a su prometido una última sonrisa.

Cuando sus ojos se encontraron, el mundo dejó de girar por un momento. Sus miradas estaban cargadas de amor y pasión, de risas y sueños por cumplir. Los dos tenían un pasado de soledad y pérdidas. Pero el futuro, juntos, era una promesa cargada de felicidad. La luz radiante de un sol de verano, despejando toda oscuridad.

Notas

[1] Sofia Casanova (1861-1958), periodista, poetisa y novelista gallega.

[2] Hogar. Especie de chimenea, utilizada tanto para cocinar como para calentar la casa.

[3] En Galicia, medida de superficie que oscila según las zonas entre los cuatrocientos y los seiscientos metros cuadrados.